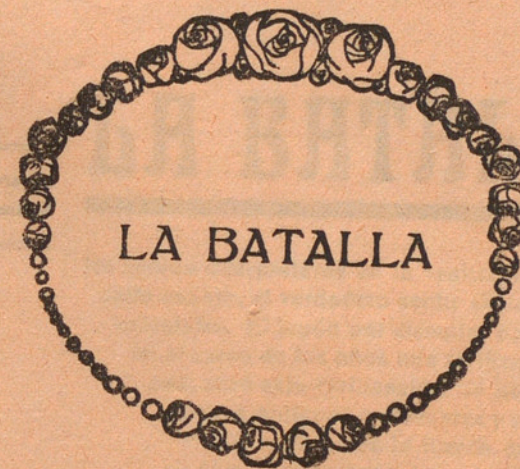


DICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA BATALLA

ANNABELLA
CHARLES BOYER





LA BATALLA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN
ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Telf. 70657 - Barcelona
AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Barbé, 16 - Barcelona

EDITORIAL
"A.S."
Publicación semanal

Año IX

Núm. 163

LA BATALLA

Ha sabido interpretarse en la realización de este bello asunto, el verdadero sentir de los pueblos orientales. El Japón por ejemplo, ha adquirido en el curso de los años una civilización europea, pero esta civilización no ha impedido que sus antiguas costumbres y usos, sigan vivos en ellos con la fuerza de la tradición. Para demostrarnos esto se ha valido **CLAUDE FARRÉRE** de una sentimental novela amorosa y de la heroicidad de sus protagonistas.

PRODUCCIÓN: LIANO FILM

EXCLUSIVAS:

IBÉRICA FILMS, S. A.
Rambla de Cataluña, 84 - BARCELONA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 70657 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Marquesa de Yoritaka . . .	ANNABELLA
Marqués de Yoritaka . . .	CHARLES BOYER
Fergan	John Loder
Betsy Hockley	Betty Stockfeld
Hirata	Inkijlnoff
Felze	Roger Karl
El almirante	Fabert
Un periodista	Donnio
Un periodista	Graetz

Basada de la célebre novela del famoso literato:

CLAUDE FARRÈRE

Dirección:

PIERRE O'CONNELL

NARRACIÓN DEL FILM POR
MANUEL NIETO GALAN

LA BATALLA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

EL REGRESO DE LOS HEROES



RUSIA y el Japón habíanse declarado la guerra. Las naciones europeas seguían de cerca todos los incidentes de aquella lucha que había de ser luego, más tarde, comentada por el mundo entero y en la que los hechos heroicos fueron tantos como combates hubieron.

El Japón, nación oriental que hasta entonces parecía apartada de la civilización, demostraba en aquella guerra que era digna de figurar a la cabeza de los países más adelantados de nuestra Europa.

Su ejército, disciplinado, provisto

de todos los modernos adelantos bélicos, había hecho frente al ejército ruso y lo había derrotado en cuantos encuentros tuvieron.

Nadie hubiera podido sospechar que el Japón se hallase en un estado tal de cultura, y aquello fué un aviso para las demás naciones, que empezaron a otorgarle la atención que merecía una nación de la categoría del Japón.

Entonces fué cuando se dieron cuenta de que el Japón, además de su gran ejército, poseía una escuadra que solamente era superada por la británica. Poseía barcos de todas clases, equipados admirablemente.

La oficialidad de su marina había sido educada en escuelas europeas y conocían las tácticas combativas y en un momento dado el Japón podía reunir un puñado de millones de hombres adiestrados admirablemente para los deberes militares.

Además había que tener en cuenta otro detalle muy significativo en toda guerra, y era el patriotismo de los japoneses. No era éste ya un amor a la patria, sino que sobrepasaba los límites de patriotismo para convertirse en un fanatismo tan grande, que les importaba poco inmolarse sus vidas con tal de hacerlo en holocausto de la patria.

Podía decirse que cada habitante del Japón era un héroe decidido a sacrificarse por la gloria de su país, y en estas condiciones la moral de un ejército gana un cien por cien sobre el adversario.

Si bien en Europa se seguía con vivo interés todos los incidentes de aquella lucha, que a medida que pasaba el tiempo iba convirtiéndose más cruel, en el Japón, como es natural, no se vivía para otra cosa que para comentar los hechos bélicos que se llevaban a cabo.

Cada soldado era un héroe y adquiría sobre sus compatriotas una preponderancia especial, que los hacía respetar como seres sagrados a

los que se debía toda clase de respeto.

Pero entre aquellos héroes, entre todos los combatientes, un nombre destacaba por su patriotismo, del que tantas veces había dado muestra, y por su pericia de marino.

Era el marqués Yorizaka, comandante de la marina de guerra y hombre educado en la escuela militar francesa.

Apenas contaba el marqués de Yorizaka unos treinta años, cuando había alcanzado aquel grado, y todos sus anhelos y cariños pertenecían en absoluto a su patria.

El marqués de Yorizaka, aun cuando había sido educado en Francia, conservaba en el fondo de su alma un respeto inmaculado para las antiguas costumbres de sus antepasados. Pero este culto por la vieja tradición sabía ocultarlo cuidadosamente ante los ojos de los europeos, solamente con el afán de demostrar que su país había alcanzado igual grado de civilización que los demás países del viejo continente y que nada podía echársele en cara.

Pero, en la intimidad de su vida, cuando se hallaba lejos de las miradas indiscretas de algún occidental, volvía a ser el verdadero japonés, fanático en sus costumbres e idólatra en sus ritos.

Le pesaba aquella hipocresía en

la que había de vivir, pero el marqués la soportaba con estoicismo, pensando que cuanto hacía lo hacía por su país y debía hacerlo.

Habíase casado hacía poco, con una niña traída de un castillo próximo para ser su esposa. Se llamaba Mitsouko y estaba educada a la costumbre del país. Como toda mujer japonesa, era pequeña, de cabellos negros y brillantes, ojos grandes rasgados en forma de óvalo y carita pequeña, pero de un conjunto armónico y delicioso.

En su inmovilidad, Mitsouko daba la impresión de ser una de esas deliciosas muñequitas de porcelana que existen en los bazares de lujo, y sus ojos, cuando miraban, parecían acariciar mimosamente.

De toda su persona irradiaba un encanto misterioso, parecía representar la protagonista de una de las fantásticas leyendas orientales, y su voz, apenas perceptible, por lo suave, era como el pío medroso de un pajarillo que todavía no ha sabido salir de su nido.

Cuando le dijeron que había de casarse con el marqués de Yorizaka, su corazón se estremeció de emoción. Había oído pronunciar aquel nombre con gran veneración, y la idea de ser la esposa del bravo marino, la sedujo y la hizo soñar con venturas infinitas.

Pero Mitsouko no encontró en el marqués al esposo enamorado que ella buscaba. Fué, eso sí, un marido respetuoso, atento, pero no amoroso, o por lo menos, apasionado, como ella lo hubiera deseado, puesto que para él, sobre todos los afectos imperaba el de la patria, y a ella dedicaba su vida.

No por eso se rebeló, ni protestó la bella japonesita, sino que, como tal, se avino sumisa y obediente a los deseos de su esposo, y fué la mujercita incapaz de turbar los pensamientos de aquel a quienes sus padres le dieron como dueño y señor de su vida.

Su educación japonesa, sus antiguas costumbres, heredadas de sus familiares, sufrieron una rápida transformación, aunque solamente fuese exteriormente. Los vestidos típicos del país tuvieron que ser abandonados a requerimientos del marqués y cambiados por trajes europeos, hechos por los modistos que vestían a las damas europeas, y poco a poco fué adquiriendo susceptiblemente un aspecto de mujer occidental. Era aquello una especie de baño superficial, puesto que dentro de ella, en el fondo de su corazón, se mantenía sagrado e incólume el respeto a la tradición de su religión.

Muchas veces el marqués, al hablar con ella de este cambio, le

había expresado su satisfacción por los progresos que hacía y le había dicho:

Hay que sacrificarse por la patria, Mitsouko... Todo esto que hacemos es para demostrarles a los demás que nuestro país está tan civilizado como ellos. Antes que nosotros, antes que nuestras vidas y nuestros afectos, está la patria.

Por estas palabras, Mitsouko había podido adivinar que para su marido lo primero era la patria y que este pensamiento era el que le robaba el cariño de su esposo.

Sin embargo, el marqués, al poco tiempo de su casamiento con Mitsouko, se sintió enamorado de su mujer, con una pasión vehemente. Adoraba en aquella deliciosa mujercita, toda fidelidad y sumisión, y sentía por ella un cariño que iba en aumento al través de los días.

Mas como buen japonés, sabía desfigurar este afecto, o mejor dicho, sabía ocultarlo misteriosamente, sin dejarlo ver, bajo su rostro de una impasibilidad oriental.

Jamás pudo advertir ella en su esposo aquella pasión que sentía por ella; jamás pudo leer en la impenetrabilidad de sus gestos y actitudes el amor que le inspiraba, pero, así y todo, se sentía feliz a su lado y seguía sus consejos con la docilidad de una alumna aplicada.

Vivían en un aristocrático palacio de la capital, dividido en dos partes. Una de ellas era la parte europea, donde solían recibir sus visitas. En esta parte del palacio el visitante olvidaba que se hallaba en un país oriental, puesto que su decoración, los muebles que lo adornaban y todo en él era del más puro estilo europeo. Incluso, para que nada faltase, Mitsouko tenía sus habitaciones particulares montadas a estilo francés, y con esa coquetería propia del carácter femenino parisien.

Sin embargo, en la otra parte del palacio, en la reservada para ellos solos, se conservaba todo el estilo japonés de siglos atrás. Parecía, al pasar de un lado a otro del palacio, como si la vida se detuviese de pronto y emprendiera el retroceso de unos siglos.

Allí conservaban ellos todos sus recuerdos; allí veneraban todas las glorias de los antepasados y allí vivían las horas que les dejaban libres sus ocupaciones sociales.

Sus sirvientes, todos naturales del país, estaban también aleccionados para conducirse de diferente modo ante los extranjeros y luego en la intimidad de los esposos.

En el palacio en que vivían los marquess de Yorizaka era verdaderamente suntuoso, y en su parte ex-

terior, evocador. Por su parte trasera estaba rodeado de un hermoso jardín, lleno de flores orientales con su puentecillo propio del país, por el pasaba como un hilo de plata un pequeño riachuelo que servía para regar los árboles frutales y demás plantas que adornaban toda aquella parte del palacio.

De noche, recostado sobre el alfeiz de alguna de las pequeñas ventanas del palacio, parecía vivir en un país quimérico, en un país de ensueño, y el alma se sentía transportada en deleites arrobadores al percibir el perfume embriagador que exhalaban las flores exóticas.

Pero todo aquel encanto, toda aquella tranquilidad que reinaba en el palacio, sufrió una débil alteración con la declaración de guerra. Fué una alteración insensible, japonesa, podríamos llamar, desde el momento en que el marqués tenía que embarcar para combatir a la escuadra enemiga.

Había llegado el momento del sacrificio por la patria y cada uno de los combatientes sentía en su interior el orgullo de poder llegar a sacrificar su vida en aras del fuego sagrado de su patriotismo.

La despedida de los dos esposos no tuvo la efusión que hubiera tenido entre un matrimonio occidental. Ni una sola lágrima se despen-

dió de los ojos de Mitsouko, que su marido, además, no lo hubiera consentido, ni la menor emoción se dejó entrever en el rostro del marqués.

Se despidieron afectuosamente, como si emprendiera él un viaje de recreo, y sin embargo, en el corazón del marido latía potente el fuego de la pasión amorosa que sentía por su esposa.

Una ingente muchedumbre se hacinaba ante la fachada del ministerio de Marina, esperando ansiosamente las noticias que transmitía el telégrafo. Se sabía que la escuadra japonesa y la rusa habían entrado en contacto y que se había desarrollado un formidable combate naval.

El pueblo esperaba ansiosamente noticias referentes al resultado de aquel encuentro, y en los rostros impasibles de los que se amontonaban ante el edificio del ministerio, podía advertirse, si se estudiaban con detención, el ansia que cada uno sentía en aquellos instantes.

Más que las vidas de los que luchaban o habían luchado, inquietaba la suerte que podía haber corrido el honor de la patria. Se esperaba la victoria o la derrota, como un orgullo o una vergüenza general, y a pesar de que todos hablaban en voz baja, no por eso dejaba de oírse

como un murmullo tormentoso, las preguntas de los que iban llegando y las respuestas de los que hacía tiempo aguardaban.

En las pizarras del ministerio aparecieron, por fin, las primeras noticias de la batalla naval que se había verificado, y fueron acogidas con un suspiro de entusiasmo por todos los que las leían.

En ellas se daba conocimiento de que las dos escuadras se habían batido, y de que la japonesa, después de haber puesto en fuga a la enemiga, regresaba de nuevo al puerto japonés.

La alegría entre los que se hallaban allí era indescriptible. Nadie se preocupaba en averiguar si entre los muertos y heridos se hallaba alguno de sus familiares. La vida de aquellos hombres era lo de menos en aquellos momentos. Lo más importante era que el honor de la patria se había salvado y esto era superior a cualquier otro sentimiento familiar.

Las ediciones de los diarios eran arrebatadas de las manos de los vendedores con febril ansiedad, y todo el mundo, una vez que había conseguido un periódico, se retiraba silenciosamente para saborear íntimamente la alegría de aquella victoria.

Mientras tanto, la escuadra que

había combatido regresaba al puerto de partida, llevando en su interior a los heridos que había tenido en el combate y después de haber dejado en alta mar los muertos.

Iba en cabeza el buque que mandaba el marqués de Yorizaka, seguido de varios navíos más, en perfecto orden militar.

En ninguno de los barcos se demostraba la alegría propia de la victoria. Cada uno de los hombres que componían la dotación no se creía con derecho a estar alegre, puesto que para ellos no habían hecho más que cumplir con su obligación. Aquellos hombres que durante unas horas habían estado luchando con la muerte, agotando físicamente sus fuerzas, sufriendo verdaderos horrores, conservaban en sus rostros la misma impasibilidad ahora que antes.

Sobre la cubierta del navío, el comandante Yorizaka miraba con sus anteojos la proximidad del puerto, cuando se le acercó un oficial de la marina inglesa, llamado Herbert Fergan.

Era éste un hombre de unos veinticinco años. Vestía con suprema distinción el uniforme de marino y poseía una extraña simpatía que atraía la amistad de cuantos le trataban.

Había sido nombrado agregado

naval en el Estado Mayor de la marina japonesa, y durante el tiempo que había estado embarcado, presenciando el combate, llegó a hacerse gran amigo del marqués.

Fergan, cuando se encontró con el marqués, lo saludó militarmente y después de haber sido correspondido en su saludo, le ofreció la mano, diciéndole:

—Permítame felicitarle por la victoria.

El marqués, con la mirada fija en un punto distante, como si quisiera escudriñar en la lejanía del horizonte, le respondió sinceramente:

—No me felicite, puesto que no ha sido una victoria la nuestra.

El marino inglés miró sorprendido al marqués, e insistió en su felicitación, diciéndole:

—La escuadra enemiga ha huído ante el fuego de sus barcos, marqués.

—Sí... ha huído...—respondió con igual pesadumbre el comandante—; pero eso no significa victoria...

—¿Qué más puede desear?—preguntó el oficial inglés.

—Una victoria completa—exclamó Yorizaka—. Nuestros barcos están dotados de todos los perfeccionamientos de la marinería, nuestros marineros son hombres dispuestos siempre al sacrificio; poseemos to-

dos los aparatos de precisión de las mejores escuadras del mundo, incluso de Inglaterra y, sin embargo, nuestras victorias no son como las vuestras, Fergan... ¿En qué consiste esto?... ¿Cuál es el secreto de las victorias de la marina inglesa?

Fergan guardó silencio. Comprendía que el marqués ansiaba conocer aquel secreto, que ni él, ni ningún oficial de la marina inglesa hubiera revelado, y Yorizaka siguió diciéndole:

—¿Verdad que nuestra victoria no puede considerarse como tal?

Fergan, eludiendo la pregunta directa que le hacía el marqués, se limitó a decir:

—Es usted demasiado ambicioso, Yorizaka... Debe usted sentirse orgulloso por el recibimiento que le aguarda... Hoy en día es usted el héroe y, sin embargo, su ambición no se halla satisfecha.

—Porque no estoy contento de mí—respondió con dureza Yorizaka—. Necesitaba más, necesitaba una victoria como la de la marina inglesa, una victoria que dejara imposibilitado a nuestro enemigo para combatir nuevamente, y esto es lo que no he conseguido.

Se advertía en las frases y en el gesto del marqués aquella obsesión por conocer la táctica inglesa, por saber en qué consistía aquel secreto

que daba a la marina inglesa aquella supremacía sobre las demás, pero por más que observó disimuladamente a su amigo Fergan, no consiguió advertir en él la menor idea de que pudiese revelar aquel secreto.

Pensó interiormente que tendría que aguardar a mejor ocasión para llevar a cabo su propósito y poder prestar a su patria un servicio que la colocase sobre el nivel de la mejor escuadra del mundo.

Como había dicho Fergan, el marqués de Yorizaka se había convertido en el héroe popular. La victoria obtenida últimamente fué prontamente del dominio del pueblo y en masa se disponía éste a recibir a su héroe para aclamarlo como se merecía.

El día anunciado para la llegada de la escuadra, el puerto ofrecía un aspecto fantástico. Miles de típicas y frágiles embarcaciones se hallaban preparadas para partir y escoltar a los buques de guerra que habían de llegar. Sobre el puerto la población en masa se apiñaba ansiosa de vitorear a los vencedores y las fuerzas militares de la guarnición se hallaban formadas para rendir honores a los héroes.

Incluso el mismo Almirante se hallaba esperando la llegada del comandante Yorizaka para darle él

personalmente la bienvenida y felicitarlo en nombre del imperio.

Los tipos más diversos se advertían entre aquella multitud, vestidos unos a la usanza del país, otros a la europea y algunos con un vestuario mixto entre lo europeo y lo oriental.

Cuando mayor era el entusiasmo de los que esperaban, un cochecito tirado por un natural del país pretendió romper la fila de los soldados para acercarse al muelle.

Un soldado se acercó al conductor y le dijo violentamente:

—¡No puedes pasar!... ¡Está prohibida la entrada de coches!

La persona que iba en el interior del cochecito asomó la cabeza, y dirigiéndose al soldado, le dijo:

—Soy la marquesa de Yorizaka.

Aquel nombre obró el milagro, y el soldado se volvió hacia el oficial diciéndole:

—La marquesa Yorizaka.

Inmediatamente el oficial se acercó al cochecito, y saludando respetuosamente le dijo:

—Perdone, señora, que la haya detenido... Era una orden que se ha recibido.

—Por mí, no falte—respondió con dulzura la marquesa.

—Para la marquesa de Yorizaka no reza esa orden—respondió galantemente el oficial, dejando el pa-

so libre al que tiraba del cochecito, que nuevamente se puso en marcha.

Ya habían entrado en el puerto los buques de la escuadra, y la lancha que conducía al marqués y a Fergan atracó a la escalerilla del muelle. Resonaron las salvas de ordenanza; la banda de música interpretó el himno nacional, y Yorizaka, profundamente emocionado, a un cuando nadie lo hubiera advertido, en la rigidez de su semblante, zarpó a tierra y se dirigió inmediatamente hacia donde estaba el almirante para darle la novedad.

Antes de llegar a él, vió el cochecito donde estaba su mujer y se detuvo un momento; fué tan sólo el tiempo preciso que tardó en cruzar el pensamiento por su mente e inmediatamente continuó su camino hacia donde lo esperaba el almirante.

Fergan lo siguió hasta allí, pero al advertir la presencia de la marquesa, cuya personalidad desconocía, quedó prendado de su belleza y su vista no pudo apartarse de la de aquella mujer que contenía un encanto misterioso.

No era de extrañar de que Fergan no conociese a la marquesa de Yorizaka, a pesar de la amistad que lo unía con su esposo. Este jamás le había hablado de ella, y Fergan sabía de sobras que en el Japón es

una incorrección preguntar por las mujeres.

Cuando se trata a un japonés, se le suele preguntar por todo menos por su esposa, sus hijas o hermanas. En todo caso, y cuando ya se tratan de verdaderos amigos, se les suele decir:

—¿Cómo estáis de salud?

Y en este saludo se comprende ya a todos los familiares entre hombres y mujeres.

Por esta razón, Fergan jamás se había atrevido a preguntar al marqués si era casado o soltero, y menos aún en aquellos días en los que las preocupaciones de la guerra abarcaban todos los pensamientos de Yorizaka.

La marquesita, no obstante, advirtió la insistencia de la mirada de Fergan, comprendió el efecto que había causado en su ánimo y esa coquetería tan propia de toda mujer, por muy ingenua que sea, sintió halagada por aquella distinción que le hacía el marino inglés.

Pero, a pesar de la satisfacción de su orgullo, o mejor dicho, de su vanidad femenina, Mitsouko desvió su mirada de la del oficial, y hasta intentó ocultar su rostro en la sombrilla que llevaba para resguardarse de los rayos del sol. Fergan seguía su inspección y cada vez encontraba más deliciosa a aquella japone-

sita, que con su traje de europea hacía resaltar más el contraste de su belleza oriental en su aspecto occidental.

Incluso pretendió dirigirle una sonrisa, pero el gesto casi despectivo de ella lo detuvo y se acercó a uno de los hombres que estaban junto a él, y le preguntó:

—¿Quién es esa dama?

—Es la esposa del marqués de Yorizaka... ¿No la conoce?—respondió el interrogado.

El oficial no le respondió, pero el respeto debido a su amigo le hizo cambiar de actitud y dejó de mirar a la marquesita.

Terminado el saludo de rigor entre el almirante y el marqués de Yorizaka, después de haberle expresado aquél el agradecimiento del imperio por el servicio que acababa de expresarle, terminó diciéndole:

—Marqués, la patria os está reconociendo y espera que sigáis sacrificándoos por ella.

—Mi mayor orgullo será ese, excelencia—respondió el marqués, militarmente cuadrado.

Por fin se vió libre de la ceremonia oficial y se acercó al cochecito donde estaba su esposa y le ofreció la mano, diciéndole:

—Te agradezco, Mitsouko, que hayas venido a esperarme.

Cualquiera que hubiera presencia-

do la indiferencia entre los dos esposos, aquel saludo tan frío como ceremonioso, no hubiera sospechado que en el corazón del marqués se hallaba encendida una gran pasión por su esposa. Lo que menos hubiera podido comprender nadie era aquella adoración que el marqués la profesaba. Ni un beso, ni un abrazo, nada de lo corriente entre los europeos. Todo en ello era cortesía, amabilidad, delicadeza extrema, pero nada más.

Fergan había seguido al marqués para despedirse de él y éste, al verlo, le dijo a su esposa:

—Mitsouko, ¿me permites que te presente a mi amigo Fergan?... Herbert Fergan, oficial de la marina inglesa y agregado naval a nuestra escuadra...

—Encantado, señora—respondió el oficial aceptando la mano que le ofrecía la marquesita y depositando en ella un beso. Mitsouko, al contacto de los labios de aquel hombre, sintió que todo su cuerpo se estremecía. Su instinto de mujer le decía que no era aquel el beso respetuoso que se da a una dama por un caballero, sino que en el beso de Fergan había más fuego amoroso que cortesía.

—Mucho honor, señor oficial—exclamó Mitsouko sonriéndole deliciosamente.

El marqués, decidido a demostrar siempre que las costumbres del Japón no eran de la rigidez que había popularizado su leyenda, siempre en tono de extremada galantería le volvió a decir a su esposa:

—¿Quieres ofrecerle nuestra casa al señor Fergan y rogarle que nos visite?

—Será un honor para nosotros, señor Fergan—le dijo Mitsouko—, el que se digne honrar nuestra casa con su honorable presencia.

—Y yo, señora, me sentiré rendidamente ennoblecido con vuestro ofrecimiento y con la amistad de vuestro honorable esposo.

Saludó militarmente para despedirse de ellos y el marqués subió a otro cochecito igual al de su mujer, para dirigirse a su palacio.

Fergan, clavado en el mismo sitio donde había estado hablando con Mitsouko, siguió con la vista los dos coches, sin poder alejarse de aquel lugar donde aún parecía resonar la voz armoniosa de aquella mujer, cuyo encanto era un misterio que

embriagaba los sentidos y adormecía el alma en un éxtasis inefable.

¿Acaso Fergan no había visto mujeres tan bellas como Mitsouko? Indudablemente que sí, pero ninguna de ellas admitía comparación con la marquesa de Yorizaka. La belleza de ésta era tan suave, tan delicada, tan extremadamente exquisita, que parecía una débil florecilla incapaz de sufrir el más leve contacto.

Había en sus ojos, en aquella profundidad negra de su mirada un seductor misterio que atraía y suggestionaba. Era su voz tan suave, tan mimosa, de tanta ingenuidad que no se la concebía nada más que hablando de amor. Las frases amorosas dichas con aquel acento, con aquella dulzura debían parecer al ritmo cadencioso de una de aquellas sonatas orientales que ponen en el alma nostalgias de ensueños...

Y con el pensamiento lleno de la imagen de aquella mujer, Fergan no se dió cuenta de que desde un barco próximo le hacían señales y le llamaban.

EL COMIENZO DE UN IDILIO

Desde un barco anclado cerca del lugar donde estaba el desembarcadero una muchacha joven, acompañada de un hombre de unos cuarenta años, llamaban al oficial hasta que éste se dió cuenta de la presencia de aquellos dos seres y corrió a saludarlos.

—¿Qué le pasaba a usted que no nos oía?—preguntó él.

La muchacha, más insinuante todavía, sonrió ante el gesto de extrañeza del oficial y le dijo:

—Debía ser la sorpresa de haber visto a la marquesa?... ¿Tanta impresión le ha causado la marquesa de Yorizaka?

—Verdaderamente es una mujer ideal—respondió el oficial.— Tiene sobre su persona un encanto indes-

cifrable, algo que no podría explicar pero que subyuga.

—Pues tenga usted mucho cuidado—le amenazó sonriendo la joven—. Los maridos japoneses son poco condescendientes... Es muy peligroso hacerle el amor a una japonesa.

—Ni yo pienso hacérselo—respondió el oficial, ni el marqués de Yorizaka conserva las antiguas costumbres de sus antepasados... Es un hombre educado en Europa. Su instrucción la hizo en Francia y ha adquirido toda nuestra civilización.

—No lo crea—respondió el que acompañaba a la joven—. Tanto el marqués como muchos otros japoneses se esfuerzan en demostrarnos que ellos han olvidado sus tradicio-

nes, incluso las ridiculizan delante de nosotros y ensalzan nuestras costumbres, pero luego en la intimidad suelen ser tan orientales y fanáticos como lo fueron los abuelos de sus padres.

—Tal vez sea así—insistió Fergan—, pero yo he convivido varios días con el marqués y casi puedo asegurarles que no hay en él nada que denote al antiguo japonés.

—Fingía—replicó ella—. El marqués de Yorizaka es como todos los demás.

—Pues es muy difícil fingir tan bien—exclamó sonriendo el oficial.

—Para un japonés el fingir es una cosa sencillísima. Difícilmente podrá usted nunca adivinar los pensamientos de uno de ellos. Hasta sus mismos rostros parecen hechos para conservar esa impassibilidad que los hace destacar de los demás. Nadie como uno de ellos podría ocultar los sentimientos de amor o los deseos de venganzas. Diríase que sus almas están dormidas a todas las expresiones y en los momentos más álgidos de su existencia es cuando más dan la sensación de una indiferencia que no existe.

Fergan dudaba de que el marqués de Yorizaka pudiera ser tal y como se lo pintaba su joven amiga y sonrió incrédulamente.

Hablaban en perfecto idioma in-

glés aun cuando los tres eran de nacionalidad distinta. Fergan, como sabemos, era inglés; el compañero de la muchacha, francés, y ella americana.

Se llamaba Miss Vane, muchacha educada a la moderna, hija de un multimillonario yanqui que aprovechaba los millones de su padre para darse el gusto de recorrer el mundo en el precioso yath que estaba anclado en el puerto.

Tendría aproximadamente unos veinte años, pero así y todo demostraba un conocimiento grande del mundo, cosa muy natural en una muchacha criada y educada conforme a las nuevas reglas mundanas.

Su compañero era el célebre pintor francés Jean François Felze, que había ido al Vane para tomar al natural algunos apuntes para sus cuadros próximos.

Miss Vane, a quien parecía interesar la apuesta figura del oficial inglés, siguió aquella conversación y le dijo de nuevo:

—Amigo mío, le veo a usted mucho más enamorado de esa bella japonesita de lo que usted mismo piensa.

—¡Por Dios—protestó Fergan— usted ve visiones donde solamente hay una sincera admiración. La marquesa de Yorizaka es para mí la esposa de un buen amigo mío.

—De la admiración al amor hay poca distancia—le advirtió nuevamente Miss Vane.

A Fergan llegó a molestarle aquella conversación y para evitarla se disculpó rogando que le dejaran marchar. Echó la disculpa del viaje, de las molestias propias de las horas de combate y al fin consiguió evadir la compañía de sus amigos y marchar hacia su casa.

En el mismo puerto tomó un cochecito conducido por un indígena y se trasladó a la residencia de soltero que tenía en la capital.

Mientras tanto, los marqueses de Yorizaka habían llegado a su palacio y ella, solícita y humilde como toda buena esposa japonesa, se inclinó ante su marido y le dijo:

—¿Has sufrido mucho?

—Muy poco—respondió él—en compensación al servicio que he prestado a mi patria.

Ella se le quedó mirando fijamente, como si esperase algo más que aquella respuesta, pero él, fijo en la idea del deber, volvió a decirle:

—Me encanta tu transformación, Mitsouko. Te has portado ante el comandante Fergan como una verdadera europea. Es preciso que esta gente olvide la leyenda que tienen de nosotros y se den cuenta de que poseemos una civilización como la de ellos.

Mitsouko sonrió satisfecha ante las palabras de su marido y le respondió:

—Yo también me siento dichosa si he conseguido complacerte.

Los dos esposos entraron al salón principal del palacio y apenas estuvieron allí entró una sirvienta anunciándoles:

—El comandante Fergan.

El marqués quedó algo sorprendido por aquella visita. Le extrañaba que su amigo hiciera uso tan pronto del ofrecimiento que le había hecho su mujer, pero no obstante le dijo a la sirvienta:

—Que pase.

Y al quedar solo le explicó a Mitsouko:

—He de marchar a ver al gobernador; espero que recibirás bien a mi amigo el comandante.

Mitsouko, inspirada por no sabía ella misma qué presentimiento, le suplicó a su marido:

—¿Por qué me dejas sola con él?... Yo casi le conozco.

—Eso no importa—respondió el marqués—. Si no lo hiciera demostraría que todavía estoy sujeto a nuestros antiguos prejuicios.

En aquel momento se presentó el comandante Fergan. Había cambiado su uniforme de embarque por otro de tierra y su figura adquiría aun mayor simpatía.

Yorizaka advirtió este cambio en su amigo. Se dio cuenta de que había querido presentarse de diferente modo ante su mujer, pero no obstante recibió al comandante con una amigable sonrisa diciéndole:

—Bienvenido, amigo mío.

—Perdóneme la libertad que me he tomado en venir—le dijo Fergan, que apenas podía justificar la rapidez de su visita.

—Libertad, ninguna—respondió el marqués—. Ha hecho usted bien en aceptar la invitación de mi esposa. ¿Verdad que sí, Mitsouko?

—Verdaderamente, comandante—exclamó débilmente la marquesita, sintiéndose cohibida ante aquel hombre y sin osar a levantar la vista del suelo.

—Es usted muy amable, señora—le dijo Fergan, estrechándole la mano—. Creí que sería importuno... Tal vez he venido a interrumpir el amoroso recibimiento...

—¡De ninguna forma, comandante Fergan!—se apresuró a decirle el marqués—. Precisamente ahora mismo iba a salir para ver al gobernador... Es un asunto de servicio y usted mejor que nadie comprenderá y dispensará mi ausencia.

Fergan hizo ademán de marcharse a la vez que decía:

—Siendo así...

—No, no me ha entendido usted

—le dijo el marqués, sin dejar de advertir la desconfianza que le inspiraba su amigo—, he querido decir que me iba yo, pero no usted. Mi esposa se sentirá feliz en poderle hacer compañía... Le ruego que se quede. Ruégaselo tú también, Mitsouko.

La bella japonesita, sin voluntad para oponerse a ninguna de las órdenes de su esposo, se acercó al comandante y le dijo:

—Hago más las palabras de mi esposo y le ruego que honre esta casa con su presencia.

Era tanta la amabilidad con que había sido recibido que Fergan hasta sintió cierto remordimiento por aquel deseo que había experimentado por ver de nuevo a la esposa de su amigo.

Al quedar solos los dos jóvenes, el comandante Fergan le dijo galantemente:

—Es usted una mujer diferente a todas las demás que he visto en el país. En usted se reúne el encanto misterioso del oriente y la elegancia parisina.

—Muy amable—exclamó ella sonriendo dulcemente—. Ustedes los oficiales ingleses se distinguen por su cortesía y por su galantería.

—No, no—protestó con cierta energía Fergan—. No es galantería lo que me ha obligado a decirle eso,

es la verdadera realidad. En usted hay un encanto evocador, un atractivo que fascina, que atrae con fuerza irresistible.

Mitsouko echaba ahora de menos más que nunca la presencia de su marido. Se sentía débil ante aquel hombre y su corazón presentía una desgracia que ni ella misma podía explicar. Se levantó agitada y Fergan, viéndola en aquella actitud, no quiso prolongar más su estancia en el palacio y se despidió de ella diciéndole:

—¿Sabe usted a quién voy a ver ahora?

Mitsouko abrió sus hermosos ojos como interrogándole con la mirada y el comandante Fergan le volvió a decir:

—Voy a ver a Jean François Felze.

—¿Al pintor?

—Al mismo—le dijo Fergan—, es amigo mío y si usted quiere puedo solicitarle que le haga a usted un retrato.

—¡Oh, sería muy feliz teniendo un retrato suyo!

—¿Quiere usted posar para él?—preguntó insinuante Fergan.

En esto entró el marqués de Yorizaka y su esposa corrió a esperarle diciéndole sumisamente:

—El comandante Fergan quiere hablarle a Jean François Felze para

que me haga un retrato... ¿Qué dices?

—Encantado, querida, si ese es tu gusto—le dijo el marqués—. Le agradezco mucho el ofrecimiento, Fergan y puede darle las gracias de mi parte al maestro.

El comandante sintió interiormente una viva alegría al ver que el marqués accedía a que su esposa posase ante el pintor, ya que esto le daba ocasión a verla más a menudo, sin la presencia del esposo.

Fergan corrió en busca del pintor para notificarle el deseo de la marquesa de Yorizaka y Jean François experimentó una viva satisfacción por poder llevar a uno de sus lienzos una de las damas más aristocráticas del Japón.

A partir de aquel día las entrevistas entre Fergan y Mitsouko fueron más frecuentes y hasta llegaron a hacerse diarias. Fergan se cuidaba de ir a buscarla a su casa y de llevarla al yath de Miss Vane, donde la marquesa posaba, con esa quietud propia de las mujeres japonesas ante el pintor. Poco a poco el cuadro de Jean François iba adquiriendo vida y al mismo tiempo la pasión que Mitsouko había despertado en el oficial inglés iba siendo también mayor.

La marquesa, por su parte, sentía esa viva emoción que produce la

presencia del hombre amado, cada vez que se encontraba ante Fergan, pero luchaba contra aquella pasión que empezaba a dominarla, temerosa de ofender a su marido y poseída por los prejuicios de su primitiva educación.

Una tarde de las que la acompañó Fergan a su casa, pasearon por el jardín del palacio de los marqueses y el oficial, cogiéndola por una mano, le dijo con vehemencia:

—Mitsouko, es usted una mujer encantadora. He luchado por callar el amor que ha nacido en mi corazón hacia usted, pero ya no puedo reprimirlo.

Ella le miró asustada. Se sentía cohibida como una tímida paloma y sus labios se entreabrieron para dejar escapar un hilito de voz que decía:

—¡Por Dios, Fergan, no sea usted así!... Piense usted en que en Inglaterra esperará alguien su regreso.

—Nadie espera mi vuelta, Mitsouko—le dijo él—. Jamás he amado a ninguna mujer. Tan solamente usted ha hecho latir mi corazón a impulsos de una pasión que no puedo contener.

Mitsouko había ansiado aquel momento y lo había temido. Ansiaba sentirse amada por el hombre que había despertado en ella aquella

dulce emoción de un amor jamás sentido y temía aquella declaración, por el mismo temor de no sentirse con fuerzas para rechazar el amor nacido en ella.

Fergan siguió hablándole apasionadamente del amor que sentía por ella, de su pasión eterna, de todo cuanto ella habíale hecho concebir en sus sueños amorosos y Mitsouko sonreía, demostrando en su sonrisa una incredulidad que no era cierta. Ella estaba segura de que el oficial inglés la amaba, se lo habían dicho sus miradas, la solicitud con que solía tratarla, la galantería que siempre brotaba de sus palabras, todo en él la hablaba a ella de amor, de aquel amor que no era posible, puesto que entre los dos se interponía la sombra de su marido y la diferencia de dos razas distintas.

Ante la asiduidad de las frases amorosas del comandante, la marquesa se dirigió a su casa, seguida de Fergan.

Al entrar en el salón, Fergan intentó abrazarla, pero ella huyó de los brazos de él diciéndole cariñosamente.

—Déjeme... Le ruego que me deje...

Fergan se sintió cohibido ante la súplica de ella y Mitsouko le indicó un asiento cerca del piano que había en la estancia, diciéndole:

—¿Quiere usted que le cante una canción?... Una canción francesa muy reciente. Escúcheme...

Y sin esperar el consentimiento de él, abrió el piano y sus dedos recorrieron ágilmente el teclado, mientras que con una voz suave, voz armoniosa y llena de encantos empezó a cantar una canción francesa.

Cuando terminó, Fergan que la había escuchado atentamente le dijo:

—Es muy bonita esa canción. No sé si lo es la canción o el gusto con que la ha cantado... ¿De quién es?

—De un tal Debussy—respondió ella.

—Pues la ha interpretado usted como artista excelente...

—¿De verdad le ha gustado?—preguntó ella modestamente.

—Tanto que si no fuera por miedo a molestarla, le pediría que cantase otra.

—No es molestia—exclamó ella—pero ahora voy a cantarle algo de mi país. ¿Quiere que le cante una canción japonesa muy vieja? Es una antigua poesía de cinco versos. Habla de un príncipe y una princesa enamorados. Ya verá qué bonita es.

Y sus dedos recorrieron nuevamente el teclado del piano, mien-

tras que sus labios cantaban aquella bella leyenda de antepasados.

Ponía en aquella canción toda su alma y su voz adquiría inflexiones extraordinarias. Advertíase que toda ella vivía en aquel instante la leyenda amorosa que cantaba y Fergan se inclinó sobre su nuca para besarla, al mismo tiempo que se oyó una voz tras ellos que decía amablemente, pero denotando cierto aire de suprema energía:

—Mitsouko, ¿por qué cantas esas cosas tan absurdas?

Mitsouko, que había sentido junto a ella los labios del oficial, al oír la voz de su marido, sintió que la sangre se le helaba en las venas. Fergan por su parte se retiró prudentemente, procurando disimular su gesto. Procuró indagar en el gesto del marqués si los había sorprendido, pero el rostro de aquel hombre era impenetrable. Seguía teniendo igual sonrisa de amabilidad para con su esposa y su amigo y a tal punto llegó su fingimiento que Fergan adquirió la seguridad de que no habían sido sorprendidos.

El marqués, con amable sonrisa, siguió dirigiéndose a su esposa y le dijo:

—Mitsouko, ¿cenarás con nosotros esta noche?

La pobre joven se levantó y con la vista fija en el suelo, sin atreverse a mirar de frente a su marido, le

respondió con aquella sumisión innata en ella:

—Estoy muy cansada... Yo desearía, si me lo permites, cenar en mis habitaciones.

El marqués, con aquel gesto de extremada amabilidad que lo caracterizaba en el trato con su mu-

jer ante los extranjeros, le respondió:

—Como tú desees. Siento que nos prives de tu presencia, pero primero es tu preciada salud.

Mitsouko saludó al oficial y salió acompañada hasta la puerta, de su marido.

EL DEBER QUE ACALLA AL AMOR

No solamente había sorprendido Yorizaka al oficial aquella tarde, sino que incluso tenía la seguridad de que Fergan le hacía el amor a su esposa. Sintió unos celos torturadores, unos celos que le hubieran impulsado a matar al seductor si éste no poseyese un secreto valioso. Fergan sabía cuál era el motivo de las victorias de la escuadra británica y este secreto quería obtenerlo Yorizaka aun cuando fuera a costa de su felicidad y de su propia vida. Su amor a la patria se anteponía a su amor de esposo y por eso le fingía al comandante Fergan una amistad que no sentía.

Cuando dejó a su mujer, volvió al salón donde estaba Fergan y con la sonrisa amistosa de siempre, en

la que ocultaba el odio que sentía por él, le dijo:

—¡Qué remedio!... Tendremos que cenar los dos solos, así podremos hablar de la batalla del 10 de agosto, que usted presencié. Todavía tengo mucho que aprender de usted, muchos consejos que pedirle... ¿Quiere que hablemos de esa batalla?

—¿Por qué no?—respondió Fergan, sin adivinar la trampa que le preparaba el marqués y los deseos que tenía éste de hacerle hablar.

—Verdaderamente en aquella batalla se mostró excesivamente prudente... No se sintió la suficientemente fuerte. No tuvo confianza en sí mismo, de haberla tenido habría obrado de diferente forma.

—¿Cómo hubiera tenido que obrar?—preguntó con fingida indiferencia Yorizaka.

—La escuadra japonesa—siguió diciéndole el oficial—se batió con la timidez propia de los que no se consideran vencedores... Se batió muy bien, con mucha habilidad, pero muy lejos... He aquí el secreto de nuestra escuadra, el secreto de nuestras victorias, la audacia. Para obtener una victoria decisiva es preciso ser audaz. Una vez conseguida la primera victoria no dar reposo al enemigo...

Y mientras que el oficial inglés iba citando nombres de célebres marinos ingleses, la marquesa de Yorizaka entraba en su aposento íntimo.

Una a una fué despojándose de todas sus prendas de vestir. Fué quitándose toda aquella indumentaria europea, para reemplazarla por un rico kimono japonés. Volvía a ser en aquellos momentos la verdadera mujer japonesa, la de las viejas tradiciones y costumbres, la que sentía todos los prejuicios de su raza y poseída por el fanatismo se arrojó ante una luz eterna que había a un lado del salón y dejó que su frente tocara al suelo, en señal de sumisión y arrepentimiento.

Ella no era tan confiada como Fergan y la pasividad de su marido

no podía engañarla. Comprendía el alma de ellos mismos y sabía perfectamente que ante una frialdad como la expresada por su marido, se escondía a veces la tormenta de los celos.

A la semana siguiente, había quedado terminado el retrato de la marquesa. Tan solamente le faltaba posar una última vez para que quedara completamente terminado y para festejarlo, Mutsouko había invitado a su casa al pintor y a Miss Vane y Fergan.

Aquella tarde, antes de abandonar el barco, Fergan insistió en su deseo de verla, pero Mitsouko tenía miedo. Desde la tarde en que fué sorprendida por su marido sentía un temor horroroso y no había permitido que Fergan fuese más a buscarla. Pero ante aquella negativa de permitirle la entrada en su casa, Fergan insistía en su deseo y la dijo:

—Esta noche es la fiesta en el yatch de Miss Vane, venga usted.

—Imposible—respondió ella—. No quiero comprometerlo.

—No tema por mí, Mitsouko. Venga usted esta noche. Aprovecharemos cualquier baile para poder hablar.

Pero Mitsouko se resistía a su deseo. Seguía negándose y finalmente, ante las súplicas de Fergan, terminó diciendo:

—No le prometo nada... Lo pensaré y procuraré venir.

Media hora después se hallaban en el salón de té del palacio de los marqueses de Yorizaka.

Nada hacía pensar allí que se encontraban en el Japón. El decorado de la estancia, completamente a la europea, el mobiliario, la presencia de Miss Vane, del pintor y de Fergan y hasta de la misma Mitsouko, que había borrado algo sus facciones orientales, con un toquecito de carmín y de rimel, hacían olvidar que se hallaban en un país oriental.

El marqués de Yorizaka hablaba correctamente de todos los asuntos que se suscitaban en la conversación y nada dejaba entrever el odio que sentía hacia Fergan, a quien consideraba como un traidor de la amistad.

Mitsouko hacía los honores de la casa y se esforzaba en hacer agradable la estancia de sus invitados.

Les daba cuenta de la procedencia del té que les servía y el pintor hacía comentarios sobre su bondad, exaltando sus virtudes.

El marqués asentía levemente a las palabras del pintor, mientras que con una indiferencia remarcable miraba de vez en cuando a su esposa y al comandante Fergan, espionando los gestos de uno y otra.

El pintor, hombre de mundo y

gran conocedor de la psicología de los habitantes de aquel país, era el único que se daba cuenta de que el marqués de Yorizaka afectaba una sinceridad que no era real y por lo mismo quiso llevar la conversación por un lado que le fuera agradable al marqués y le dijo:

—Verdaderamente que en este salón nadie diría que nos encontramos en el Japón.

—¿Por qué?—preguntó el marqués a la vez que dejaba sobre su plato su taza de té, después de haber vaciado su contenido.

—Porque nada aquí lo hace sentir—siguió diciendo el pintor—. Todo aquí está europeizado. Hasta la misma marquesa parece una deliciosa parisina... Su trato es encantador y muchas damitas de nuestra gran sociedad admirarían profundamente su desenvoltura y su elegancia.

El marqués de Yorizaka se sintió halagado con aquel elogio y tomando de una cajita de laca unos cigarrillos turcos, ofreció uno a Miss Vane, otro a su esposa y así siguió invitando a los demás.

De todas aquellas costumbres europeas, la que menos le agradaba a Mitsouko era la de tener que fumar, pero ante la invitación de su esposo no opuso la menor objeción y encendió el cigarrillo con la misma

elegancia que podría haberlo hecho la más aristocrática parisina.

El marqués de Yorizaka lanzó al aire una bocanada de humo y le dijo al pintor:

—Nuestras costumbres han cambiado mucho, maestro. Ya el Japón no es el país de leyenda que todos conocen en el Occidente. Nuestras antiguas y ridículas tradiciones han muerto y lo que era hace cuarenta años un sacrilegio, hoy se acepta como la cosa más natural del mundo.

—En efecto—respondió el pintor—. Veo que el cambio ha sido muy radical.

—Usted mismo puede comprobarlo—siguió diciéndole el marqués—. Antes nuestras mujeres carecían en absoluto de libertad. Eran lo que verdaderamente puede llamarse esclavas de los esposos, o de los padres o de los hermanos. Mitsouko misma, antes de casarse conmigo, era una prisionera en su castillo. Se hallaba sometida al yugo paterno, con toda la rigidez que las costumbres japonesas imponían a nuestras mujeres, hasta podía decirse que se hallaban prisioneras de sus mismas criadas. Cuando se casó conmigo adquirió su libertad y el derecho a que toda mujer tiene de hacer su voluntad... Durante nuestra permanencia en París, hasta que

estalló la guerra, Mitsouko supo adaptarse a la vida moderna, vivir su ambiente y al volver al Japón seguimos haciendo nuestra vida europea tal y como si siguiéramos viviendo en Francia... ¿Verdad, Mitsouko?

Y al decir esto cogió galantemente una mano de su mujer y la besó cariñosamente, mientras la sonreía afectuoso.

Jean François era un gran observador, era un hombre a quien los años le habían dado una gran experiencia y a quien no pasaba desapercibido ningún gesto del marqués. Aquella amabilidad tan extraordinaria que mostraba para con su mujer le hizo ver que el marqués, no siempre besaba de igual forma la mano de su esposa y que comúnmente lo haría en presencia de sus invitados europeos.

No había más que advertir su manera de hablar con Mitsouko. Ciertamente era que siempre le hablaba en tono de súplica, en forma de ruego, pero en aquellas súplicas se advertía un aire autoritario, no del que solicita, sino del que ordena. Pedía algo pero no con el deseo de ser satisfecho, sino con la seguridad de ser obedecido.

El marqués, sin embargo, no sospechaba la desconfianza que inspiraba al pintor y hasta puede decirse

que tal vez, por una analogía de caracteres, se congratulaba de hablar con él.

—La civilización moderna exige otros usos, otras costumbres y el Japón quiere estar a la altura de las demás naciones—siguió diciendo el marqués.

Mientras que él y el pintor se hallaban sumidos en aquella conversación, hablando de las antiguas costumbres del Japón, rechazándolas como ridículas, por parte del marqués de Yorizaka y justificándolas por parte del pintor, Miss Vane y Fergan y la marquesa, seguían hablando de la fiesta que aquella noche se daría en el yatch de la americana y Miss Vane comprometía a Mitsouko para que asistiese a ella. En vista de que la marquesa no se dejaba convencer del todo, Miss Vane solicitó la ayuda del marqués y le dijo:

—Sea usted mi cómplice, Yorizaka.

—¿En qué, Miss Vane?—le preguntó Yorizaka.

—En convencer a su esposa para que venga esta noche a mi fiesta. Tengo gran interés en que asistan ustedes a ella. Creeré que su amistad no es tan sincera si no aceptan mi invitación.

—Por mí aceptada y agradecido.

Yo ruego también a mi esposa que la acepte.

—¿Ve usted? — exclamó Miss Vane—. Ya no tiene usted más remedio que aceptar.

—Si es así ha ganado usted—terminó diciendo Mitsouko—; le prometo que acompañaré a mi esposo.

Y al decir que iría acompañada de su esposo procuró remarcar bien esto para que Fergan se diera cuenta de que iría acompañada y perdiera toda ilusión de poderla ver a solas.

—Será una fiesta deliciosa—siguió diciendo Miss Vane entusiasmada—. Ya verá usted cómo se divertirá. A ella asistirá toda la colonia europea, el embajador inglés y señora, el embajador francés, los oficiales de los buques de guerra.

Y de esta manera fué enumerando casi todos los invitados, hasta que el marqués lo interrumpió cortésmente diciéndole:

—Siendo una fiesta organizada por usted y por el célebre pintor Jean François tengo la absoluta seguridad que será digna de asistir a ella. Yo me siento muy orgulloso de haber merecido el honor de su atención invitándonos.

Quedó convenido de aquella forma la asistencia de los marqueses y los invitados se ausentaron del palacio de los marqueses de Yorizaka.

Al quedarse solos los dos esposos

Mitsouko esperó humildemente que le hablase su marido y éste, sin denotarle la menor desconfianza, ni el menor recelo le dijo:

—Estoy encantado de ti, querida... Desempeñas tu papel admirablemente... Entre ellos eres una dama europea que nadie dudaría en tomar por una verdadera parisina.

—¿Estás contento de Mitsouko?—preguntó ésta con sumisión.

—Muy contento—exclamó él—. Muy contento. La patria tendrá que

agradecerte el que la enaltezcas ante los demás, como lo haces.

Mas a pesar de la dulzura con que quería impregnar sus palabras, advertíase en su fondo un aire de melancolía, de profunda tristeza, tal vez de rabia y de dolor. Pero el alma oriental sabe guardar tan profundamente sus sentimientos, sabe disfrazarlo con tal ropaje de hipocresía, que ni aun los más allegados a ellos suelen a veces comprenderlos.

EL DESHONOR

Aquella tarde, el marqués de Yorizaka fué a bordo de su navío y se encontró con su segundo, el vizconde de Hirata. Después de los saludos de rigor militares el vizconde se llevó aparte al marqués y le dijo:

—Yorizaka, es preciso que abras los ojos y veas lo que no ves.

—Todo lo veo, amigo mío—respondió el marqués, seguro de lo que quería decirle Hirata—, pero la patria necesita sacrificios y yo no puedo detenerme ante ninguno.

—Pero el honor es antes que nada.

—El honor quedará salvado y la patria reconocida a Yorizaka.

—No comprendo—respondió el vizconde.

—Sería imposible que os lo dijera ahora. Nosotros necesitamos algo que solamente poseen los ingleses. Necesitamos los planos o las instrucciones de un nuevo invento de la marina inglesa y yo sé dónde encontrarlos.

Hirata calló comprendiendo lo que su amigo quería decirle. Adivinaba que el marqués sabía lo que se murmuraba de su esposa y de Fergan, pero al mismo tiempo se dió cuenta de que todo lo hacía para apoderarse de aquel secreto que tanta falta hacía a la marina japonesa.

Tratándose de la patria todos los escrúpulos quedaban acallados. Ante un servicio al Imperio no había duda posible y el deshonor, la muerte y cuantos sacrificios fuesen necesari-

rios eran pequeños si se comparaban con el fin que se perseguía.

—Todos dirán que soy débil, que amo demasiado a mi mujer, o que no sé ver lo que pasa ante mis ojos, pero ya sabéis los motivos. Os ruego que los calléis y nada habléis de ellos a nadie. La noticia podría llegar a oídos de él y debe ignorarlo todo.

No hablaron más de aquel asunto. Como si hubiera sido una conversación incidental en su encuentro, siguieron hablando de la próxima batalla que se avecinaba, de las condiciones en que se hallaban los barcos y la dotación, en fin de todas las cosas del servicio, menos de lo que tan profundamente consumía el corazón de Yorizaka en aquel fuego abrasador de los celos.

Aquella misma tarde, momentos después de haber estado a bordo, el marqués de Yorizaka se hizo conducir a casa de Fergan.

Entró sin que nadie lo advirtiese y por entre los cristales vió al oficial en su despacho trabajando febrilmente a la máquina. No dudó que estaba redactando un informe de importancia, puesto que apenas lo vió se apresuró a sacar el pliego que escribía de la máquina de escribir y lo guardó en el cajón de su mesa. Luego, extrañado de aquella

visita, se levantó a recibir a Yorizaka diciéndole:

—¿Usted por aquí?

—Sí—respondió Yorizaka, mirando fijamente al oficial.

Fué un momento de duda el que tuvo Fergan, creyó que venía a pedirle una explicación de su conducta con su esposa, pero no obstante esperó a que el marqués le dijera el motivo de su pregunta. Yorizaka se sentó tranquilamente frente a Fergan y le preguntó:

—¿Le extraña verme aquí?

—Algo, no lo niego. Hace apenas tres horas que nos vimos—respondió Fergan.

—Sin embargo, un amigo puede permitirse la libertad de visitar al otro siempre que desee de él un favor, ¿no es cierto?

—Me considero muy honrado, si ese amigo al que se refiere soy—exclamó Fergan tranquilizado por el tono cariñoso del marqués, en quien no podía advertir todo el odio que por él sentía.

—Evidentemente—le dijo el marqués, que se sentía atraído hacia aquel cajón donde Fergan ocultaba sus papeles.

—¿Y en qué puedo serle útil?

—Se trata de algo que supongo le proporcionará una molestia, pero recurro a usted como buen amigo. Ya sabe que hemos sido invitados

a la fiesta que da esta noche Miss Vane... Le ruego que presente usted mi excusa de no poder asistir a ella.

Fergan se sintió desolado. El esperaba ver allí a Mitsouko y aquellas palabras venían a destruir todas sus ilusiones.

No obstante aquel instante de intranquilidad pasó rápidamente toda vez que Yorizaka siguió diciéndole:

—He sido llamado para un asunto urgente, asuntos de servicios, como ya comprenderá, y que me impiden ser más explícito, pero para que no se disguste Miss Vane he venido a rogarle que acompañe usted a mi esposa a la fiesta.

Fergan miró insistentemente a Yorizaka. Temía de que le tendiese una celada, pero la imperturbable serenidad del marqués ol tranquilizó y exclamó finalmente:

—Es un alto honor el que me proporciona usted, marqués. Tendré sumo gusto en acompañar a su esposa.

—Gracias, amigo mío—terminó diciendo el marqués, a la vez que se levantaba.

—¿Se marcha ya?—preguntó el oficial.

—Ya le he dicho que tengo que ausentarme... Sólo vine a que me concediera usted este favor.

Fergan lo acompañó hasta la

puerta y cuando volvió de nuevo a su despacho se advertía en su semblante la alegría que la había producido la visita del marqués. Aquella noche iba a ser mucho más feliz de lo que él mismo se la había prometido. Gracias a aquella ocupación del marqués podría estar a solas con Yorizaka, sin suscitar las sospechas de su esposo, ya que había sido él mismo quien se lo había pedido. Tenía una disculpa como pocas veces pueden presentarse y pensando que no faltaban muchas horas para la fiesta, se preparó su uniforme de gala para ir a buscar con la debida anticipación a Mitsouko y llevarla al yatch de Miss Vane.

El marqués Yorizaka al llegar a su casa llamó a su mujer y le dijo:

—Esta noche irás a la fiesta de Miss Vane, pero yo no puedo acompañarte.

—Entonces permíteme que me quede en casa—respondió ella.

—No—exclamó enérgicamente el marqués—. Debes ir a la fiesta... Es preciso que vayas.

Mitsouko bajó la cabeza, sin atreverse a replicar y el marqués, dulcificando su voz, le dijo:

—Nuestro amigo Fergan vendrá a buscarte y te acompañará... Procura ser amable con él y que no



—La patria os está reconocida.



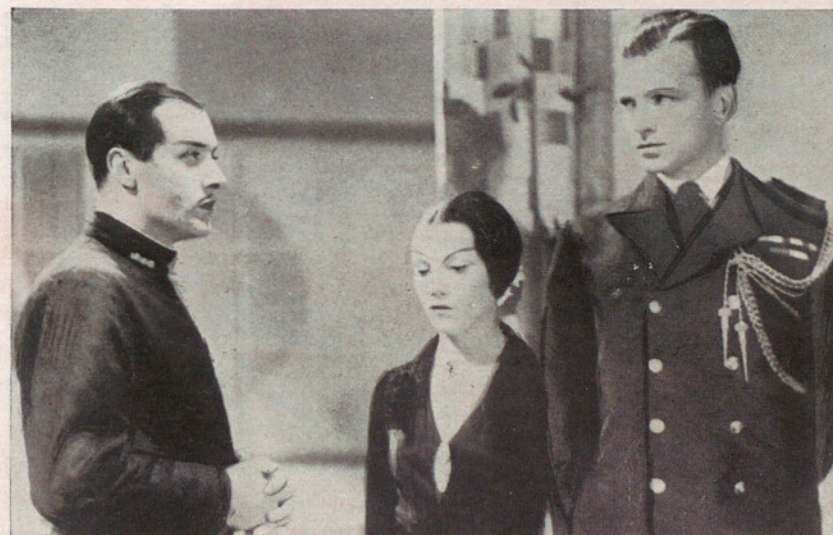
En ella se mantenía incólume el respeto a la tradición.



- Mi esposa se sentirá
feliz en poderle hacer
compañía.



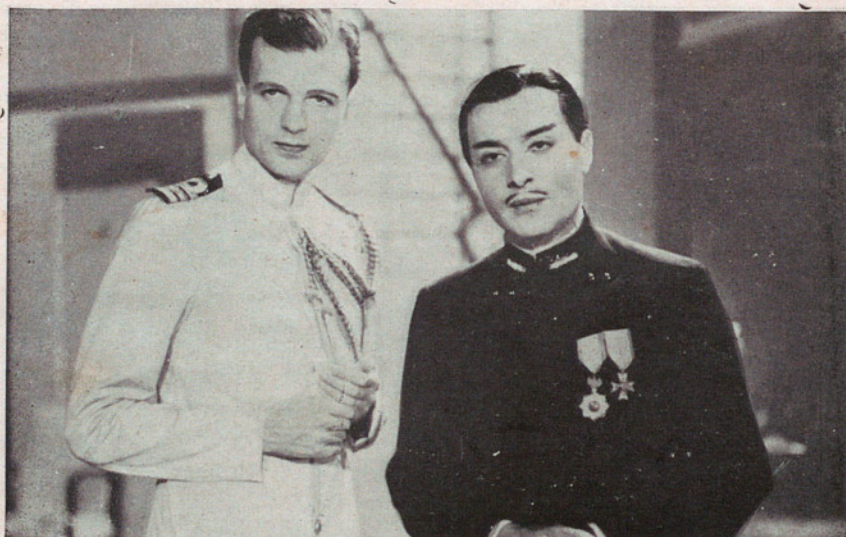
- No ha sido una vic-
toria la nuestra.



- Le agradezco mu-
cho el ofrecimiento.



- Es muy peligroso
hacerle el amor a una
japonesa.



- Tendremos que cenar los dos solos.



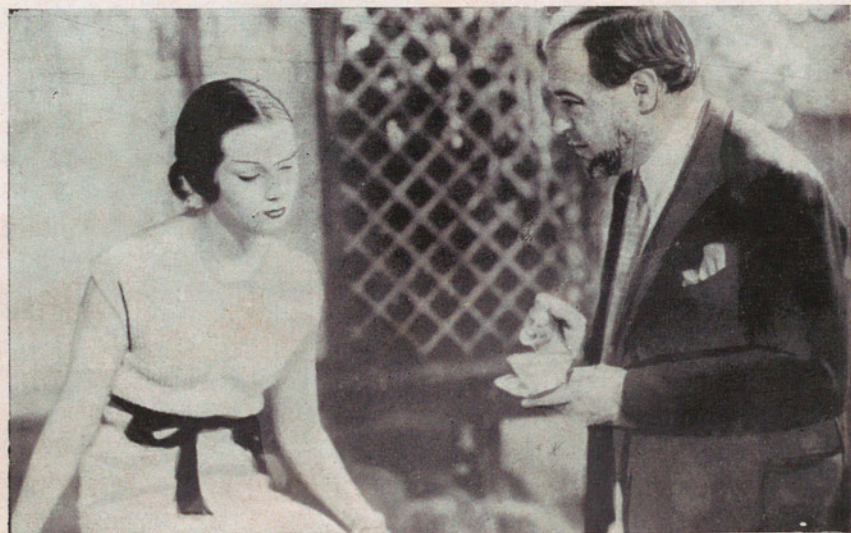
- En Inglaterra, alguien esperará su regreso.



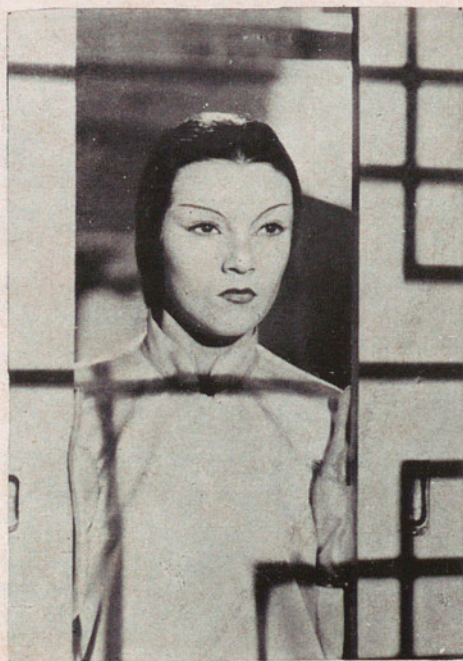
- El Japón quiere estar a la altura de las demás naciones.



- El honor quedará a salvo y la Patria reconocida.



Mitsouko hacía los honores de la casa.



Su esposo se había marchado.



- Todos dirán que soy débil.



- ¡Ha de ser usted, Fergan!



— Si queremos vencer
hay que seguir mis
planes.



Su última mirada fué
para el retrato de
su esposa.

advierta que vas forzada... Hay que
saber tratar a los europeos.

—Haré lo que tú me ordenes—
contestó Mitsouko, sin atreverse a
contradecir ningún deseo de su es-
poso.

—Te ruego que te vistas con tus
mejores vestidos y des la nota de
elegancia en esa fiesta—terminó di-
ciéndole el marqués.

Mitsouko se encerró en sus habi-
taciones. Sentía un miedo terrible
en asistir aquella noche a la fiesta
de Miss Vane y temía más que por
nada por la presencia de Fergan.

Lo que no comprendía era cómo
su marido había rogado a Fergan
que fuese a buscarla y la acompa-
ñase. Ella estaba casi segura de que
el marqués había advertido la asi-
duidad que Fergan tenía por ella,
adivinaba que Yorizaka estaba en-
terado de las pretensiones amorosas
del oficial y no podía, sin embargo,
comprender qué motivos eran los
que inducían al marqués a impul-
sarla hacia aquel amor. Era él mis-
mo quien la colocaba al borde del
precipicio para que se arrojase a él,
él mismo quien la ofrecía a los bra-
zos del enamorado induciéndola a
un acto contrario a su voluntad.

Todas estas meditaciones se ha-
cía la infeliz marquesita, cuando lle-
gó en su busca Fergan. Todavía en-

contró en la casa al marqués y le
dijo en son de cumplido:

—¿No nos acompaña usted, mar-
qués?

—Imposible—respondió él.

—¿Le veremos luego en la
fiesta?

—Lo veo difícil—respondió el
marqués—. Creo que tendremos
que tratar de algo tan importante,
que durará toda la noche la reunión.

Como buen militar, Fergan se
abstuvo de preguntar qué clase de
reunión era aquella. Ya le había di-
cho anteriormente Yorizaka que se
trataba de un asunto de servicio y
esto era suficiente para que la dis-
creción en Fergan fuese absoluta.
Momentos después apareció Mit-
souko. Llegaba deliciosa con su tra-
je europeo. Un vestido de raso blan-
co que hacía resaltar aún más la
negrura de sus ojos y el brillo inma-
culado de sus cabellos de seda.

Fergan la contempló entusiasma-
do y no pudo menos que expresarle
su admiración diciéndole:

—Está usted encantadora... Sen-
cillamente deliciosa.

Mitsouko sintió que toda la san-
gre se le agolpaba a las mejillas
ante la galantería del oficial y se
acercó a su esposo tímidamente.

Este, con gran serenidad, como
si tuviera en su esposa la más abso-
luta confianza, les dijo:

—Espero que os divirtáis mucho en la fiesta.

—¿Te esperamos? — preguntó Mitsouko.

—No—se apresuró a decir él—. No sé cuándo terminaré... Será mejor que nuestro amigo Fergan te acompañe a casa.

El oficial saludó militarmente a Yorizaka y luego le ofreció el brazo a Mitsouko conduciéndola hasta el cochecito que había en la puerta, tirado por un indígena. Subieron los dos a él y se dirigieron hacia el puerto para ir al yatch de Miss Vane.

En cuanto hubieron salido, el marqués se fué hacia una habitación, uno de cuyos testers estaba oculto por dos cortinas, las recorrió las dos y dejó al descubierto un pequeño templo donde se hallaba una sagrada imagen.

En aquel instante Yorizaka había perdido todo su aspecto europeo, volvía a ser nuevamente el personaje oriental de las leyendas. Se hallaba poseído en aquel instante por toda una época lejana de tradición y de fanatismo. Se arrodilló ante la imagen y su frente tocó varias veces al suelo, como implorando protección de su dios.

Permaneció ensimismado en aquella postura cerca de media hora

y cuando terminó su plegaria, en sus ojos brillaba un fuego misterioso, que hubiera espantado a Fergan de haberlo visto. Su transformación era completa, absoluta. Nadie hubiera adivinado en él al correcto marqués de Yorizaka, al hombre de mundo, educado a la europea y que se prodigaba en hacerse agradable.

Había en su gesto de una dureza incomprensible, un cierto misterio que sus facciones, libres del dominio impuesto diariamente, expresaba en todo su poder. Salió de aquella habitación después de cerrar cuidadosamente las cortinas y se fué a su habitación particular. Nuevamente se quitó el kimono que se había puesto y se vistió con un traje de europeo, pero de paisano. Con el cuello de la camisa desabrochado, sin corbata y procurando ocultar su rostro bajo el ala del sombrero de fieltro, salió misteriosamente de su casa.

Directamente, sin la menor vacilación, se dirigió hacia la casa del oficial Fergan. Iba dispuesto a aprovechar aquella noche para apoderarse de los documentos que tan apresuradamente ocultó Fergan cuando lo vió entrar aquella tarde. Es decir, que quería aprovechar la fiesta, los momentos en los que Fergan estaría haciéndole el amor a su mujer, para él apoderarse de aquel secreto que

tanto anhelaba y poder prestar a su patria un nuevo servicio.

Afanosamente se puso a buscar por toda la habitación las llaves del cajón, seguro de que los documentos aún estaban en el cajón donde los había escondido Fergan.

Por fin dió con ellas y abrió febrilmente el cajón. Una mirada de satisfacción se dibujó en su rostro,

mientras que sus labios sonreían melancólicamente. Como había supuesto, allí estaban todos los documentos. No había tiempo que perder y asegurándose que llevaba en el bolsillo su pistola, se sentó ante la misma mesa e inmediatamente empezó a copiar todas las instrucciones que se hablaban en aquellos papeles de tan capital importancia para él.

LA FIESTA

El aspecto que ofrecía el yatch de Miss Vane era encantador. Sobre la cubierta del barco se habían dispuesto una profusión de farolillos japoneses y todo el yatch aparecía iluminado, excepto una pequeña parte de proa.

La orquesta sobre el puente del navío tocaba piezas modernas y las parejas se dedicaban al baile, mientras que Miss Vane hacía los honores a sus invitados. Cuando llegaron Fergan y Mitsouko, la fiesta se hallaba en todo su apogeo. Al verlos llegar Miss Vane corrió a saludarlos y al advertir la falta del marqués preguntó a Mitsouko:

—¿Y vuestro marido?... ¿Cómo es que no ha venido?

—Un asunto de servicio le ha re-

tenido y me ha suplicado que le ruegue que le perdone.

—¡El servicio! —comentó Miss Vane—. Siempre el servicio... Para vuestro marido el servicio es lo primero en la vida.

—La patria lo exige así—le disculpó la marquesita.

Fergan, sin haberla abandonado un instante, la condujo hacia la proa del barco y la invitó a sentarse en uno de los sofás que allí había. Un camarero se acercó con unas copas de champaña y Fergan tomó una y se la ofreció a Mitsouko, que apenas si mojó los labios en ella.

—¿Tiene usted miedo a beber?

—le preguntó bromeando el oficial.

—No estoy acostumbrada a hacerlo.

—Pero una copa de champaña no puede hacerle daño—le dijo el oficial insistiendo para que se la bebiese toda.

Mitsouko, ante su insistencia, terminó de beber la copa y Fergan ordenó al camarero que dejase allí la bandeja.

Sacó luego su pitillera y ofreció un cigarrillo a Mitsouko que le dijo:

—Le ruego que no me haga fumar... No me gusta.

—Cumpla con su deseo —respondió Fergan cerrando su pitillera y preguntándole:

—¿Le molesta que yo fume?

—No puede hacerlo con toda libertad—le dijo ella.

Era en pleno verano y los cuerpos se hallaban poseídos por aquel fuego que parecía caer del cielo, durante las horas de sol. Al hacerse la noche el ambiente se refrescaba y la brisa del mar aromaba de un fuerte perfume de iodo todo el espacio. Era un perfume fuerte, penetrante que enervaba y hacía sentir un misterioso deseo. Fergan advirtió el estado de excitación en que se hallaba Mitsouko y se acercó a ella preguntándole:

—¿No le gusta a usted la fiesta, Mitsouko?

—Sí —respondió tímidamente ella—, ¿por qué me lo pregunta?

—Porque la noto a usted cohibi-

da, como si estuviera violenta aquí.

—Y lo estoy—respondió ella—. Piense usted que soy la única dama japonesa que hay en el barco, casi llamo la atención.

—Pero no por lo que usted se cree—se apresuró a decirle él—. Llama usted la atención porque es la mujer más bella de cuantas hay aquí y en el mundo entero.

Mitsouko miró agradecida al oficial. Se sentía halagada por aquellas frases y le sonrió tan deliciosamente que Fergan se apoderó de una mano suya y le dijo:

—¡Cuánto la amo, Mitsouko!... ¡Si usted pudiera llegar a comprender el amor que siento por usted!

—Lo comprendo y lo disculpo—le dijo ella—. Pero piense que ese amor pasará y sólo quedará en su corazón, de Mitsouko, un recuerdo agradable.

—¡No!—protestó él—. Mi pasión por usted es más fuerte que todo eso. Yo la amo a usted con la fuerza de toda una vida... La amé desde el primer instante en que la vi y tuve la dicha de que sus ojos se fijaran en mí... ¿Por qué se niega a ser sincera conmigo, Mitsouko?

—¿Sincera?... ¿Le he engañado alguna vez?—preguntó dolorida ella.

—Sí—respondió Fergan—. Me ha engañado usted y me engaña

ahora... Usted me ama y no quiere decírmelo... Estoy seguro de que me ama.

—Pues si lo está, ¿por qué quiere que yo se lo diga?—preguntó la marquesita—. Conténtese con saberlo y déjeme.

—No puede ser—le dijo Fergan apoderándose de una mano, que ella retiró advirtiéndole:

—Tenga cuidado que nos observan.

Fergan se apartó prudentemente de su lado y tomó una copa de champaña que ofreció a Mitsouko. Esta vez la marquesa no rehusó el ofrecimiento y bebió el contenido de la copa, mientras que Fergan la observaba cariñosamente.

—¿Quiere que nos vayamos?—le preguntó Fergan.

—¿Para qué?—preguntó ella.

—Porque deseo estar solo con usted... Me molesta la presencia de todos los invitados...

—No puede ser—murmuró Mitsouko—. Todos echarían de menos nuestra presencia. Se comentaría el vernos marchar juntos.

—No es necesario—le dijo él—. Podemos salir separados.

Mitsouko se negó a acceder y Fergan le dijo:

—No tiene usted derecho a tratarme así, Mitsouko. ¿Acaso el amar es algún delito? Nosotros nos

amamos porque hemos nacido el uno para el otro... Yo he tenido que venir desde muy lejos para encontrar a la mujer que había de indicar el destino de mi vida y usted ha tenido que esperar tanto tiempo, para encontrar al verdadero hombre que la comprenda y sepa apreciar todo el tesoro de ternura que encierra en su alma de niña... Déjeme soñar con esta felicidad que es la mayor dicha que he conocido en mi vida.

Mitsouko le oía extasiada. Las palabras amorosas del oficial las sentía en su alma, y hacían que su corazón latiese aceleradamente. El encanto de aquella noche de verano, el misterio del mar que se extendía ante ellos y el exceso de bebida que había hecho, dieron lugar a que Mitsouko perdiera aquella timidez propia en ella y riese alegremente.

Fergan comprendió que había llegado el momento decisivo, el instante en que toda mujer se deja convencer y le propuso nuevamente:

—Vamos Mitsouko... Huyamos de todos los invitados...

—Tengo miedo de que se den cuenta—respondió Mitsouko.

Fergan suspiró alegremente. Pensó que no era ya el temor a sí misma lo que la detenía, si no el miedo a los demás. Es decir que ella

accedía y solamente la retenía el miedo de que pudieran verla, y por lo mismo le dijo:

—Saldré yo primero y la esperaré en el puerto... Nadie se dará cuenta.

Mitsouko calló, que era lo mismo que acceder, y Fergan, antes que pudiera desdecirse, abandonó el barco y fué al lugar convenido para esperar a Mitsouko.

No habían transcurrido quince minutos cuando Fergan advirtió la llegada de la marquesita. Mitsouko se adelantaba ligeramente, con sus pasitos menudos de japonesa y miraba asustada a todas partes, como si temiera ser descubierta por alguien.

Cuando llegó adonde estaba Fergan, éste se acercó a ella y le dijo:

—Aquí cerca tenemos un coche, podemos tomarlo.

El indígena al ver una pareja se acercó con el carruaje y los dos enamorados subieron a él y Fergan dió la dirección de su casa.

—Es una locura lo que hacemos—le dijo Mitsouko—. Creo que debería ir a casa.

—¿Por qué?—preguntó Fergan sorprendido por aquel cambio.

—Porque tengo miedo... Mi marido debe sospechar algo... Acuértese del otro día.

—Nada tiene que temer—respondió Fergan—. No vió nada. Precisamente él mismo ha venido a pedirme que fuese a acompañarla... Es la mayor prueba de que no sospecha nada de nosotros.

—Pero alguien puede vernos y decírselo—insistió en sus temores Mitsouko, al mismo tiempo que se acercaban a casa de Fergan.

Este sonrió tranquilamente y le respondió:

—No es una hora a propósito para que nadie nos vea. Además, aunque fuese así, le diríamos que salíamos de la fiesta y que nos dirigíamos a su casa.

Habían llegado a la puerta de la casa de Fergan y éste saltó del coche para ayudar a descender de él a la marquesita, que se apoyó en su hombro, sintiendo el oficial la tibieza de aquella manita de muñeca.

Mitsouko, antes de entrar en la casa de Fergan, miró detenidamente a todos los lados de la calle y luego, rápidamente, temiendo ser vista por alguien, entró al portal de la misma.

Fergan la siguió y la cogió del brazo mientras la conducía a su despacho, que le servía a la vez de «hall».

El oficial se acercó a ella amorosamente y le dijo:

—¿Ve como no nos ha visto nadie?... ¿Está usted ya tranquila?

Movió ella negativamente la cabeza y respondió:

—¿Y sus criados?

—Ninguno hay en casa—respondió Fergan—. Les he dado permiso para que no vengán en toda la noche.

Mitsouko adelantóse hasta el centro del despacho y una vez allí, Fergan le dijo:

—El amor no debe temer a nada, Mitsouko... Por el amor se deben arrostrar todos los peligros...

Y la estrechó en sus brazos, si bien ella lo rehusó débilmente diciéndole:

—Quiero estar segura de que no nos ve nadie, de que no hay nadie en la casa... ¿Por qué no va a mirar?

Fergan sonrió ante aquel deseo y convencido de que nadie había en la casa, salió fuera del despacho para dejar más tranquila a Mitsouko.

Apenas el oficial se había ido, la marquesita se volvió hacia una puerta que había al otro lado del despacho y tras la cortina vió a su marido que se ocultaba de ellos. Fué a dar un grito de espanto, pero el marqués, poniéndose un dedo en la boca, la obligó a callar dirigiéndole una severa mirada.

Comprendió Mitsouko que su marido no había ido allí por ella, no era ella precisamente lo que le había impulsado a ir a casa de Fergan, sino que algo secreto que se relacionaba con el servicio es lo que le tenía allí y para evitar una catástrofe hizo un esfuerzo y ahogó el grito en su garganta.

Quiso hablarle decirle que ella no era culpable, pero la mirada enérgica del marqués le impuso silencio y en aquel momento apareció Fergan diciéndole:

—No hay nadie absolutamente. Estamos completamente solos.

—Pero yo me voy—le dijo ella nerviosamente—. Me voy ahora mismo.

—¿A qué viene esa precipitación?—preguntó él—. ¿No quiere usted honrar mi casa tomando en mi compañía una taza de té?

—No, no—exclamó ella cogiéndole por una mano y tirando de él hacia fuera del despacho—. Tengo el presentimiento de que mi marido debe estar ya en mi casa y no quiero que llegue sin estar yo. Acompañeme.

Fergan sonreía ante aquel miedo que él consideraba infantil, ajeno a la vigilancia de que eran objeto por parte del marqués, y ella, al ver que no hacía ademán de salir, le dijo:

—Si no quise acompañarme iré yo sola a casa, aunque sea a pie.

La caballerosidad del oficial se puso una vez más de manifiesto y respondió inclinándose galantemente:

—Estoy a sus órdenes, Mitsouko.

—Pues vámonos inmediatamente—respondió ella.

Salieron de la casa de Fergan y se dirigieron directamente al palacio de los marqueses de Yorizaka. El oficial quiso entrar y ella lo detuvo diciéndole:

—Muchas gracias, Fergan... Hasta mañana.

El le dió la mano y al sentirla temblar entre las suyas le dijo, sonriendo:

—Está usted temblorosa... ¿Qué le sucede?

—No, nada, no sé... Se lo ruego, déjeme esta noche... Mañana nos veremos...

Y echó a correr hacia el interior de su casa temiendo que su marido volviera antes de que ella pudiera estar preparada para recibirlo con más serenidad.

El concepto de la fidelidad conyugal en el Japón es algo tan intangible que ninguna esposa podrá ser nunca perdonada por su marido del delito de adulterio. Es un concepto tan elevadísimo que se tiene de él, que el marido cuya mujer es adúl-

tera queda deshonrado e incapacitado.

Por lo mismo, Mitsouko, aun cuando no había cometido más delito que el de un flirteo, temía las consecuencias que de él podría originarse. En aquellos momentos, recapacitando sobre su situación, empezaba a comprender que ella no amaba a Fergan. Había sido algo extraño que se había apoderado de ella, para dejarse llevar por aquel extraño sentimiento que la impulsó hacia el oficial inglés. Habían sido sus frases galantes, sus atenciones, la exquisitez de su trato, el afecto con que la había tratado y la preocupación constante que había tenido por ella, tan diferente a la de su marido. Para éste no había más ideal que la patria y el fiel cumplimiento de su servicio, mientras que Fergan siempre encontraba una hora libre para dedicársela a ella. Esta amistad, este trato continuo, la asiduidad del oficial hicieron creer por unos días a la marquesita que amaba a Fergan. Pero ahora, al darse cuenta que había estado al borde del precipicio, reaccionó fuertemente y el amor que siempre sintió por su esposo se hizo más fuerte en ella.

Cuando entró a sus habitaciones se dejó caer en una butaca y ni siquiera se preocupó de desnudarse

y cambiarse de ropa. Se hallaba en un estado de ánimo que la hacía ser inconsciente a cuanto la rodeaba.

Al cabo de un rato oyó pasos y adivinó que era su marido el que entraba. Tuvo miedo de él, un miedo tan infantil como eran todos sus sentimientos y corrió a cambiarse de ropa.

Los vestidos europeos se trocaron en los orientales y vestida de aquella forma se metió en su cama temiendo el momento fatal de tener que enfrentarse con su marido.

El marqués entró en sus habitaciones y se quitó el traje que llevaba puesto, cambiándolo por un kimono.

Su rostro, a pesar de cuanto le había ocurrido aquella noche, no denotaba la menor alteración, seguía permaneciendo tan impasible y sereno como siempre.

Sus facciones no acusaban el menor sentimiento que agitaba su alma y, sin embargo, interiormente sentía un dolor profundo. Era aquel dolor de haber dejado sin protección a su mujer. La adoraba y no obstante jamás había sabido expresarle aquel sentimiento. No culpaba a Mitsouko de nada. Sabía que ella no tenía la culpa, la culpa era suya por no haberla sabido entender. El había antepuesto a todos sus sentimientos el amor a su patria. Por

ésta había dejado de ser el esposo que ansiaba el corazón siempre niño de su esposa, nunca había tenido para ella esos momentos de delicadezas tan imprescindibles en el matrimonio, ni jamás se había preocupado de lo que Mitsouko hubiera podido pensar de él. ¿Qué podía él pedir a su esposa? ¿Acaso no había sido él mismo, con el afán de ocultar sus antiguas costumbres, quien la había arrojado a los brazos de Fergan? El la había obligado a vestir a la europea, la había obligado a que en su casa, ante los extraños, se observaran todas las costumbres occidentales, él mismo le había dicho muchas veces, al verla en compañía de los europeos, que le agradaba verla conducirse de aquella manera. Mitsouko le había advertido el peligro, le había dado a comprender que un esposo no debe dar tanta libertad a una esposa, si quiere que le permanezca fiel, pero él no se había dado cuenta de ello.

Por primera vez en su vida, al analizarla, se reprochaba del abandono en que había tenido a Mitsouko; fué en aquellos momentos, cuando creía haberla perdido, cuando se daba cuenta del gran amor que le profesaba. Toda su vida la habría dado en aquel instante por retroceder y volver al día de su

casamiento y ser para ella el esposo amante que la sensibilidad de Mitsouko exigía.

Suspiró tristemente pensando que ya era tarde para remediar el mal y que nada podía hacer. Era tarde para todo, para reivindicar incluso su honor, puesto en entredicho entre sus compañeros que habían adivinado las relaciones de la marquesa con el oficial. Ahora bien, lo que ninguno había adivinado es que todo lo hacía por la patria, que el deshonor que sobre él caía, era precisamente para honrar a su país. Juró darle la vida y le había dado algo mucho más preciado.

Lentamente salió de su alcoba y fué a ver a su esposa. Esta, al sentirlo llegar, se hizo la dormida y esperó a que el marqués estuviera junto a ella. Yorizaka se acercó a la cama, la contempló amorosamente durante un buen rato y finalmente se inclinó besándola con pasión.

Sintió Mitsouko la frialdad de aquellos labios que se posaron en su frente y abrió los ojos exclamando:

—¡Yorizaka!

—Sí, Mitsouko—respondió con profundo pesar él—. Soy yo que vengo para decirte que no temas, que nada tengo que perdonarte.

—Yorizaka—exclamó la joven, queriendo sincerarse con él—. Yo

no sabía lo que hacía, lo he sabido esta noche y por eso he huído... Te juro por nuestros dioses que nada tengo que reprocharme... Es decir, sí, tengo que reprocharme el haber olvidado nuestras costumbres y haberte sido infiel con el pensamiento...

Yorizaka entreabrió los labios en una sonrisa de profunda tristeza y respondió:

—Nada tienes que reprocharte, Mitsouko. Yo te abandoné por la patria. Nunca supe lo que te amaba y mi ceguera por el cumplimiento de mi deber me hizo olvidar el que tenía contigo... Soy yo el único culpable y el único que debe pagar la falta cometida.

—¡Yorizaka!—exclamó temblorosa ella, temiendo por lo que pudiera pensar su esposo, que continuó diciéndole:

—No he sabido ser un buen marido. Yo te he impulsado a cometer el delito del que tú te has sabido librar... ¿Qué ibas a hacer tú, pobre niña, si no tenías quien te guiara? Si yo te hubiera reservado, si te hubiera dicho alguna vez todo el gran amor que encierra mi corazón hacia ti, no hubieras llegado a eso... pero ya es tarde, ya no merezco tu amor.

—¡Yo te amo, Yorizaka!—exclamó la marquesa tendiéndole los

brazos—. Mi amor por ti es más fuerte que nada...

—Pero no lo merezco—replicó él—. Ofrendé a la patria cuanto tenía, le ofrendé mi vida y le he ofrendado mi amor... Tú has obrado a impulsos de este sentimiento mío, te guíé no para que fueras mi esposa, sino para que fueras un auxiliar mío...

Mitsouko calló unos segundos. En las palabras de su esposo advertía algo siniestro, algo que la hacía temblar. Sabía el concepto que tenía formado él del honor y comprendía que les sería imposible ser feliz otra vez.

El marqués, cada vez con acento más sombrío, siguió diciéndole:

—Mitsouko, se aproxima una gran batalla... Nadie sabe quién vencerá porque la lucha será a muerte... Es la batalla definitiva, pero si acaso yo muriera...

—¡No!—gritó ella desesperada.—Yo no quiero que tú mueras... Yo seré tu esclava. No me considerarás como esposa, harás de mí lo que quieras, pero no mueras, Yorizaka, no mueras... Vuelve por mí, por nuestro amor...

—Nadie sabe lo que puede suceder—respondió el marqués—. Solamente Dios adivina el porvenir; nosotros somos mortales que tene-

mos que doblegarnos a su voluntad...

En aquel instante llamaron repetidas veces a la puerta y Mitsouko fué presa de un pánico terrible. Tuvo el presentimiento de que era Fergan. Indudablemente éste había vuelto a la fiesta y al ver que no estaba allí el marqués habría regresado a la casa de ella. Había advertido en Fergan aquella noche el deseo de posesión y temió que los dos hombres se encontraran frente a frente. Temía por su marido, por lo que le pudiera suceder, y por eso saltó de la cama.

El marqués pareció adivinar aquel sentimiento en su esposa y sonriéndole amargamente le dijo:

—¿Temes que sea él?... No te importe. Los dos somos caballeros y esto será un secreto que ninguno descubrirá, pase lo que pase.

Salió él mismo a abrir la puerta y encontró que había varios oficiales de la marina que le dijeron:

—Excelencia, le hemos estado buscando toda la noche, sin encontrarle... ¿Dónde estabais?

—Cumplía una misión de servicio—respondió el marqués—. ¿Qué ocurre?

—Se ha dado orden de partir esta misma noche y se os espera inmediatamente.

—Vamos—respondió Yorizaka,

sin volver a entrar a su casa, en la que Mitsouko quedaba presa de una angustia mortal.

Fueron solamente unos segundos los que quedó sin saber qué hacer y al cabo de ellos, como si se hiciera una luz en su cerebro, dió un

grito y llamó angustiosamente a su marido exclamando:

—¡Yorizaka!... ¡Yorizaka!

No obtuvo respuesta su llamada y volvió a su lecho dejándose caer en él y llorando amargamente aquella despedida.

LA BATALLA

Cuando el marqués de Yorizaka llegó a su navío, toda la flota estaba dispuesta para zarpar. Los buques que componían la escuadra japonesa se hallaban esperando la orden de partida, y el almirantazgo, con los comandantes de cada buque, se hallaba reunido en consejo.

Un marino anunció la llegada del marqués de Yorizaka y éste apareció donde estaban los reunidos, diciendo al almirante:

—Ruego a su excelencia que perdone mi ausencia, pero estaba realizando un servicio de gran importancia.

Los demás oficiales miraron a Yorizaka con cierta curiosidad y el almirante le respondió:

—¿Nos podéis decir qué clase de servicio era?

—Trataba de salvar el honor de mi patria—exclamó convencido Yorizaka—. He podido copiar los planos de la marina inglesa y creo que con ellos obtendremos una victoria decisiva.

—¿Qué planos son esos?

Yorizaka sacó las copias que había obtenido en casa de Fergan y las entregó al almirante desarrollando a continuación el plan que según él debía adoptarse en el próximo combate naval.

El almirante, antes de adoptar ninguna resolución, pidió el parecer de los reunidos y la diversidad de criterios se manifestó inmediatamente.

Todos aquellos que aun estaban creídos que los antiguos planes eran los que daban mejores resultados,

se opusieron a lo que proponía Yorizaka, mientras que la oficialidad moderna los aceptaba en la seguridad de que serían eficaces.

La discusión fué cada vez más violenta hasta que Yorizaka se levantó rápidamente y exclamó:

—Propongo que se acepten mis planes. Bajo mi responsabilidad aseguro que con ellos la victoria será nuestra. No basta vencer al enemigo si éste puede rehacerse poco después; hay que aniquilarlo, dejarlo imposibilitado de podernos hacer frente nuevamente y esto es lo que se explica en mis planos. La táctica inglesa es eso, la destrucción total del enemigo para que no pueda nuevamente combatirnos.

Ante las palabras de Yorizaka terminó aceptándose su propuesta y cada comandante salió para su navío para esperar el momento de zarpar.

Horas después, cada cual estaba en su sitio, y Fergan, como agregado naval, se hallaba a bordo del buque que mandaba Yorizaka.

No sospechó siquiera el oficial inglés que el marqués estuviera al corriente de cuanto había pasado entre él y su esposa. Yorizaka seguía mostrándosele el amigo de siempre y su afectuosidad era la misma. Parecía imposible que un hombre que amase a su esposa de

la forma que la amaba el marqués pudiera fingir tan admirablemente un afecto a su rival, como lo hacía Yorizaka.

Al amanecer, la flota japonesa abandonó el puerto y fué internándose en alta mar en busca del enemigo a quien tenía que combatir.

Durante el trayecto, el marqués de Yorizaka apenas si cruzó la palabra con Fergan, quien a su vez no le daba importancia a aquel detalle por dos cosas: la primera, por ser natural en los japoneses el no ser expansivos, y por otra, que era comprensible, puesto que el combate no se haría esperar.

Al día siguiente de la partida se divisó la flota enemiga y se dió la orden para comenzar el ataque.

Yorizaka, desde su puesto de mando, seguía las evoluciones del enemigo e iba adoptando toda clase de precauciones para que el ataque diera el resultado que había apetecido. Desde la toldilla de mando telefoneó a las máquinas ordenando:

—Dad toda la presión... Enemigo a la vista.

La orden fué repetida por el jefe de máquinas y las válvulas comenzaron a señalar la presión creciente de las calderas.

Al poco rato, el jefe de máqui-

nas comunicó por teléfono con el marqués diciéndole:

—Cumplida la orden.

Yorizaka telefoneó a la primera torre ordenando:

—Primera torre, preparados para el ataque.

Los marinos se cubrieron el rostro con grandes trapos para evitar la molestia del humo en los ojos y al cabo de unos minutos el jefe de la torre comunicó con Yorizaka:

—Torre número 1, preparada.

—Carguen la primera pieza—ordenó de nuevo el comandante del barco.

Los marinos cargaron el primer cañón y el jefe dió cuenta a Yorizaka de haberse cumplido la orden.

—Dispongan las demás piezas—ordenó de nuevo Yorizaka.

Con la rapidez que suelen hacerse todas estas operaciones, las tres piezas de la torre primera quedaron preparadas para hacer fuego; el jefe de ella avisó al marqués diciéndole:

—Todas las piezas están preparadas.

Yorizaka abandonó aquel teléfono y cogió otro aparato comunicando con la torre número 2, dando iguales órdenes que a la primera. Una vez que dejó ésta preparada, fué dando órdenes semejantes a todas las demás torres del barco, has-

ta quedar cada una de ellas dispuesta para hacer fuego.

Mientras tanto, el buque que mandaba Yorizaka y que iba en vanguardia de la flota, se acercaba a toda máquina hacia la escuadra enemiga para abrir el combate.

El enemigo tampoco estaba inactivo y se veía su deseo de envolver a la escuadra japonesa, la cual había dejado en reserva los destroyers y torpederos.

Al cabo de una hora, los barcos se hallaban ya a distancia de tiros los unos del otro, y Yorizaka, apoderándose del teléfono, ordenó:

—¡Torre primera!... ¡Pieza primera! ¡Fuego!

Sonó el primer disparo y los buques enemigos respondieron en igual forma.

Yorizaka, con una serenidad que al mismo Fergan asombraba, seguía ordenando el fuego con una precisión admirable.

Al cabo de un rato de combate, el buque recibió el primer disparo enemigo y se tambaleó débilmente.

Inmediatamente recobró su posición normal y Fergan miró a Yorizaka. De sobras sabían los dos que aquello significaba que el enemigo había hecho blanco en el buque. Pero el semblante del marqués seguía siendo tan impasible como lo había estado antes. Llamó nueva-

mente a la torre primera, que era la que hacía frente al buque enemigo, y ordenó:

—¡Haced fuego con todas las piezas!

Una descarga hizo estremecer al acorazado mientras que de él partían los disparos hechos sobre el enemigo.

Este, que se había dado cuenta de la torre que le atacaba con tal saña, concentró sus disparos sobre ella y las granadas enemigas caían sobre aquella torre amenazando con destruirla.

Llevaban escasamente una hora de combate cuando Yorizaka volvió a llamar a la torre número 1, diciendo:

—¡Fuego!... ¡Haced fuego sin parar!

Pero en la torre número 1 sólo quedaba con vida un pobre marinero, que al oír la llamada del comandante del navío cogió el teléfono y, débilmente, con las escasas fuerzas que le quedaban, respondió:

—Torre número 1... inutilizada... todos muertos... imposi...

No pudo terminar la palabra porque cayó desplomado y sin vida.

—Han muerto los de la torre número 1—exclamó Yorizaka dirigiéndose a Fergan—. Tengo que ir.

Y sin esperar a más, cruzó la cubierta del buque entre la lluvia de metralla que caía sobre ella de los barcos enemigos.

Fergan sintió tal admiración por el valor de aquel hombre, que, sin darse cuenta del peligro que corría, se lanzó tras él.

Al llegar a la torre pudieron comprobar que había quedado inservible y nuevamente volvieron a la toldilla de mando.

Yorizaka miró a Fergan y le dijo secamente:

—¡Esto se pone mal!

Fergan no quiso responder. Seguía con vivo interés las maniobras del buque y cada vez estaba más extrañado al ver que el comandante seguía la misma táctica que la marina inglesa.

Poco a poco inclinó el navío hacia el lado de estribor y entonces la torre número 2 y la tercera comenzaron a hacer fuego sobre los barcos enemigos. Aquéllos parecían que habían tomado el buque de Yorizaka como blanco de sus tiros y concentraban sobre él todo el fuego de su artillería.

El marqués de Yorizaka, con el telémetro en la mano, seguía dando órdenes a todos, mientras que el hospital de sangre del barco empezaba a recibir los primeros heridos.

Los médicos apenas si daban abasto al número de heridos que ingresaban y se multiplicaban heroicamente para prestar auxilios a todos.

Yorizaka, cada vez más tranquilo a pesar de la difícil situación en que se encontraban, ordenó a la torre número 2, que era la que se hallaba frente al buque insignia enemigo:

—¡Descargad todas las piezas!

Desde la torre le respondieron:

—¡Aquí la torre número 2!... La mitad de la dotación está fuera de combate, con el jefe muerto.

—Esto es más grave—exclamó el marqués de Yorizaka, lanzándose hacia la torre número 2.

Fergan lo siguió también. No se daba cuenta del peligro que corría. Su amor a la marina le hacía admirar a aquel hombre y quería seguir de cerca todos los incidentes de la batalla.

El marqués, al llegar a la torre, dió las órdenes oportunas para restituir a los que habían caído heridos o muertos y nuevamente empezó el fuego.

Uno de los disparos hizo un blanco tan certero que el navío contrario se inclinó sobre uno de sus costados, herido de muerte. Poco a poco fué inclinándose cada vez hasta que de pronto su popa quedó

sumergida totalmente. Segundos después quedaba hundido en la profundidad del océano, arrastrando consigo a cientos de infelices, que morían en el cumplimiento de su deber.

Mas después de aquel navío vino otro a ocupar su puesto y el combate siguió con la misma intensidad. Las granadas enemigas caían cada vez más cerca de la torre donde se hallaban. Se advertía que el enemigo iba corrigiendo sus tiros y uno de éstos cayó tan cerca de la torre que los proyectiles alcanzaron a varios de sus ocupantes. Entre los que resultaron heridos estaba también Yorizaka.

El vizconde Hirata, segundo de a bordo, corrió a auxiliar al marqués, mas éste sonrió tristemente y le dijo:

—No es nada de importancia... La batalla tiene que seguir hasta que resultemos vencedores... Hay que vencer a toda costa.

El vizconde fué a apoderarse del telémetro, mas Yorizaka lo impidió diciéndole:

—No, usted no...

—¿Quién va a tomar el mando? —preguntó extrañado el vizconde.

—Otro—respondió Yorizaka.

Y para que no se ofendiera, ya que lo consideraba como su mejor amigo, le preguntó:

—¿Qué es lo primero para nuestro honor?

—Vencer—dijo el vizconde.

—Pues eso es lo que quiero—respondió trabajosamente el marqués—. Quiero que se siga la táctica inglesa. Solamente hay uno en el barco que la conoce...

Fergan comprendió que aludía a él y lo miró sorprendido.

De sobras sabía Yorizaka que él no podía tomar el mando del buque. El era un oficial inglés y por lo tanto, neutral. Su misión se limitaba únicamente a ver cómo se desarrollaba el combate, pero sin sugerir ideas a ninguno de los combatientes.

Yorizaka lo miró fijamente y exclamó:

—Fergan... Usted se encargará del buque y hará que venzamos.

—Imposible—respondió Fergan.

—¿Por qué?—inquirió Yorizaka.

—Porque yo soy neutral. Yo no puedo hacer eso.

—Pero es preciso que lo haga—le exigió Yorizaka—. Yo sé que usted lo hará.

Fergan seguía negándose y Yorizaka lo hizo acercarse y le dijo quedamente repitiendo las mismas palabras que el oficial había dicho a Mitsouko:

—Por el amor se deben arrostrar todos los peligros.

Fergan comprendió lo que quería decirle. Se dió entonces cuenta de que el marqués sabía todo lo ocurrido entre él y su esposa y lo miró desconcertado. Sin embargo, Yorizaka, sin perder su admirable serenidad, le dijo:

—Por lo menos demostrad que sois tan valiente combatiendo como cortejando.

Fué tan sólo un momento de indecisión. Fergan creyó leer en los ojos del marqués cierto desprecio y para demostrarle que no era miedo lo que él tenía respondió:

—Venga el telémetro. Yo mandaré el resto de la operación.

Inmediatamente se puso a observar y comunicó la distancia a los artilleros ordenando el fuego hacia el enemigo.

Yorizaka sonrió satisfecho cuando le vió mandar y hasta aquel momento no se dejó transportar a la enfermería del buque.

Inmediatamente de llegar, los médicos empezaron a curarle. Afortunadamente la herida no era importante aunque se había salvado milagrosamente. El proyectil había hecho blanco en la cabeza y por casualidad no había interesado ninguna parte importante.

Los médicos lo instalaron en la

mesa de operaciones y uno de los doctores le dijo:

—Ahora dejadnos trabajar, marqués.

Este hizo una mueca dolorosa y

respondió con desprecio a su vida: —Es una lástima... Después de todo da igual.

Le faltaron las fuerzas y quedó tendido sin conocimiento.

VICTORIA

Fergan se multiplicaba en todas partes. Daba órdenes que eran cumplidas con la escrupulosidad de la marina, y mientras luchaba por aquel país que no era el suyo, le parecía que se realizaba ante los ojos de Yorizaka.

Luchaba por el país de ella y ésta era la prueba más grande que podía darle de su amor. En aquellos instantes no se daba cuenta del peligro y su mente estaba llena del recuerdo de la marquesita. A cada orden suya, a cada disparo, le parecía ver la sonrisa angelical de Mitsouko, agradeciéndole lo que hacía por su patria.

Las órdenes de Fergan eran certeras y tan precisas que pronto surtieron sus efectos en la escuadra enemiga, al punto de que algunos

de los navíos comenzaron a iniciar la retirada. Entonces Fergan, siguiendo la técnica inglesa, ordenó a las máquinas:

—¡A toda marcha!... ¡Hay que cortarles la retirada para cogerlos entre dos fuegos!

Resonaron potentes los cilindros de la máquina y el acorazado emprendió una marcha vertiginosa, colocándose delante de los buques que empezaban a retirarse.

Aquella maniobra dió el resultado apetecido, puesto que los buques enemigos tuvieron que hacerle frente para poderse abrir camino, mientras que la otra parte de flota japonesa les atacaba por el otro lado. Había conseguido lo que se había propuesto, o sea envolver por completo a la otra escuadra para que

la derrota fuera definitiva. El fuego duró varias horas más, hasta que, al fin, poco a poco, los escasos buques que lograron escapar de la batalla de la flota japonesa desaparecieron a toda máquina, no sin que la mayoría llevase impreso en sus cascos las señales del fuego enemigo.

El almirante dió la orden de alto el fuego y los buques de la escuadra se alinearon nuevamente para emprender el regreso después de haber obtenido aquella victoria.

El buque almirante inició la marcha y tras él fueron marchando los demás.

Empezaba a clarear el día siguiente cuando Yorizaka volvió en sí. Abrió los ojos y sintió un gran dolor en la frente, pero al mismo tiempo se sintió con fuerzas para incorporarse y hasta para levantarse del lecho. El médico de guardia, al verlo levantarse, corrió a él y le dijo:

—Excelencia, permitidme que os diga que hacéis mal... Estáis herido y esto puede traer graves consecuencias.

Yorizaka sonrió inexpresivamente y respondió:

—Le agradezco su interés, pero sé lo que tengo que hacer... Todavía soy el jefe del buque.

El médico, que conocía el carác-

ter del marqués, no se atrevió a oponerse y Yorizaka terminó de vestirse saliendo a la cubierta del buque.

Allí se encontró con el vizconde Hirata a quien le preguntó:

—¿Hemos vencido?

—Completamente, marqués—respondió el vizconde—. Nuestra victoria ha sido completa. La escuadra enemiga no podrá hacernos frente en muchos años.

—¿Ha habido muchas bajas?—preguntó el marqués.

—Desgraciadamente han sido muchos los que han dado su vida por la patria.

El marqués calló sin preguntar nada más y siguió por la cubierta seguido del vizconde, hasta que finalmente le preguntó:

—¿Ha tomado usted los nombres de los muertos y de los desaparecidos?

—Absolutamente de todos—respondió el vizconde.

—Vamos allá—le dijo el marqués.

El vizconde lo llevó a la otra parte de cubierta sobre la que se hallaban los cadáveres de los marinos muertos durante la batalla y conforme iban pasando por delante de cada uno, el vizconde le iba dando el nombre del cadáver, que

envuelto en una manta esperaba el instante de ser arrojado al mar.

De pronto, el vizconde se paró frente a uno de los cadáveres y le dijo al marqués:

—El oficial Fergan, de la marina inglesa.

El marqués hizo un gesto con los labios, pero de ellos no salió la menor frase. Saludó militarmente el cadáver del oficial inglés y preguntó al vizconde:

—¿Murió también?

—Como un héroe—exclamó el vizconde—. Un hijo del Japón no hubiera muerto con más valentía que él. Estuvo en el puesto de mando hasta el último instante de su vida.

—Que se le hagan los honores de comandante de barco—ordenó Yorizaka, inclinándose nuevamente ante su cadáver y siguiendo revisando los de todos los demás.

La noticia de la victoria de la escuadra había llegado ya al Japón y en el país se celebraba aquella nueva victoria.

El pintor se enteró de ella y corrió a dar la noticia a la marquesita. Había llegado a tenerle un verdadero cariño paternal. Conocía que era una mujer de la mayor ingenuidad creíble y la trataba como si fuera una chiquilla tímida y acobar-

dada a la que había que estar continuamente dando órdenes.

Cuando llegó a casa de la marquesa de Yorizaka, se hizo anunciar y Mitsouko salió en seguida a recibirlo.

Bastaba ver el rostro del pintor para comprender la alegría que tenía y en cuanto vió a la marquesa le dijo:

—He venido corriendo porque quería ser yo el primero en darle la noticia.

—¿Qué ocurre?—preguntó ella.

—Ha sido una victoria completa la de la escuadra japonesa—respondió el pintor—. El marqués ha sido un verdadero héroe... Está sano y salvo... Pronto lo tendremos de vuelta...

La marquesa sonrió con gran tristeza. Era su sonrisa una mueca de infinito dolor, y le respondió:

—Muchas gracias por su felicitación, maestro... pero el marqués... no volverá ya...

El pintor la miró extrañado; él no podía comprender el significado de aquellas palabras e insistió diciéndole:

—Le digo que sí, Mitsouko. El marqués no corre peligro... el único que ha muerto ha sido nuestro buen amigo Fergan...

Mitsouko sintió un gran pesar al conocer la noticia de su muerte.

Ella no deseaba que le ocurriese nada malo a Fergan, aunque él había sido la causa de su desgracia. Con un acento de sincera condolencia exclamó:

—¡Pobre amigo nuestro!... ¡Morir por la patria que no era suya!...

El pintor quiso borrar el mal efecto de aquella noticia y nuevamente le dijo:

—Mitsouko, he cumplido mi misión... Volveré cuando esté aquí el marqués para darle la enhorabuena personalmente...

Mitsouko movió negativamente la cabeza y respondió segura de lo que decía:

—No volverá... no volverá...

El pintor se fué de la casa, sin haber comprendido la frase de la marquesa. Creía que ella no estaba segura de la suerte de su marido hasta que lo viese y a ello atribuyó aquella incredulidad.

Pero Mitsouko conocía el alma de los hijos del Japón, conocía sus sentimientos y no estaba equivocada al decir que su marido no volvería.

Entró en sus habitaciones interiores, en aquellas que conservaban todavía todo el aspecto del antiguo Japón. Le parecía que allí estaba más cerca de su marido, más cerca de aquel hombre a quien tanto amaba y poco a poco fué despojándose

de sus vestidos de europea. En aquel momento le molestaba todo aquello, no era lo que su corazón amaba, aquellas costumbres, y llegó incluso a odiarlas. Quizá si hubieran seguido con las viejas costumbres no habrían llegado a la situación en que se encontraban.

Pensó en su marido y unas lágrimas de profundo dolor surcaron sus pálidas mejillas, aquellas mejillas que parecía de cera en la que jamás se tradujo un sentimiento íntimo. Lloraba en silencio, sin descomponer en lo más mínimo su rostro y cualquiera que hubiera entrado en aquel instante hubiera dudado de que aquella mujer estuviera llorando. Y, sin embargo, ¡cuánto dolor había en su alma...!

Se fué a la habitación donde tenían instalado el pequeño templo y cogió unas velas de las que usaban para sus ritos. Eran éstas estrechas y muy largas, que tenían una media hora de duración.

Con ellas encendidas se arrodilló ante el Buda y en actitud de orar rezó una oración que aprendió de niña.

Jamás sus labios pronunciaron con tanto fervor aquellas palabras religiosas, jamás su corazón se sintió tan conmovido como en aquellos momentos y con la cabeza baja, sin levantar la vista del suelo, con

una respetuosidad conmovedora pidió por su marido. Le deseaba una muerte dulce, una muerte sin penar, como recompensa a su heroísmo y a su bondad.

Mas hasta en aquel instante, hasta en aquellos segundos de súplica religiosa, se le apareció el recuerdo de Fergan acusándola. ¿Por qué lo olvidaba?... ¿Acaso él no había ofrendado también su vida por su amor?... ¿Acaso él no había perdido la vida por una patria que no era la suya en holocausto de la mujer que amaba?

Mitsouko se arrepintió de aquel olvido de Fergan. Indudablemente también él había pagado caro su atrevimiento. Aquellos amores habían hecho desgraciados a tres que inconscientemente se habían visto rodeados por la sutil malla de una pasión incomprensible para todos.

Cuando el pintor le dijo que Fergan había muerto, comprendió, o mejor dicho, adivinó Mitsouko lo que debió ocurrir entre los dos hombres. Entonces fué cuando tuvo la certeza de que entre su marido y el oficial debió existir alguna explicación, debió comunicarle el marqués que sabía la actitud de Fergan hacia su mujer y tal vez éste, para expiar aquella falta de la amistad que había cometido se brindó a ser útil a la causa que defendía su esposo.

El uno había muerto en el cumplimiento de su deber, el otro moriría para no sobrevivir al amor.

Ella sabía que en el Japón no se perdona el deshonor, no serían bastantes todos los honores que el Gobierno otorgara a su esposo, para borrar la mancha que sobre él había caído por su actitud impremeditada, nada en el mundo haría desaparecer aquella falta tan inocentemente cometida y el marqués preferiría la muerte a seguir viviendo sin honor y sin el amor de su esposa.

Sintió unos pasos débiles que se acercaban y vió que era su fiel criada que entraba en la habitación, la vió orando y antes de que Mitsouko pudiera decirle nada volvió a salir silenciosamente llevándose las manos a los ojos, como llorando también al ver la situación de su señora.

Este, tan pronto como terminó con las obligaciones de su cargo, se fué a su camarote y se quitó el uniforme.

Aquel retrato en su camarote era una demostración del gran amor que sentía por su esposa.

Cuando el pintor lo hubo terminado, Yorizaka vió el retrato y le dijo al maestro:

—Ha hecho usted una obra maestra...

—El modelo es digno de la obra —le respondió el pintor.

Yorizaka no le dió siquiera las gracias por aquella galantería que dedicó a su esposa y le respondió únicamente:

—Me ha hecho usted un bien muy grande con este retrato.

Y ante la mirada interrogativa del maestro siguió diciéndole para explicarle sus palabras:

—Cuando salgo a la mar una de las cosas que más me pesan es estar alejado de Mitsouko, pero ahora, gracias a su obra ya no lo estaré. Este retrato ocupará el puesto de honor en mi camarote. Y al verlo allí me parecerá que tengo más cerca de mí a mi mujer.

El maestro sonrió ante aquella explicación. No le extrañaba que un marido tuviese cerca de sí el retrato de su esposa, lo que si le extrañó fué aquel amor que parecía profesar el marqués a Mitsouko.

Tal como lo había dicho lo hizo, el retrato de Mitsouko, en vez de quedar en su palacio fué trasladado a su camarote y colocado en el lugar de honor de él.

Muchas veces, en aquellos días de celos contenidos violentamente, el marqués se encerraba como en aquella ocasión y se pasaba las horas en muda contemplación del retrato. Le parecía que aquel lienzo de tela, al

encontrarse a solas con él tomaba vida, aquella vida que el maestro no había podido darle a pesar de su pericia, y que incluso lo miraba con amor.

Entonces era cuando veía reflejada fielmente la imagen de Mitsouko, de su verdadera Mitsouko, de aquella niña inocente, de aquella mujercita que los dioses le habían dado por mujer y que siempre cumplió sus órdenes con sumisión de esclava.

Había sido precisa la civilización europea para que todo aquel idilio, que por ser tan íntimo era mucho mayor, quedase roto. Había sido preciso una falta amistad para que se trocase su felicidad en un dolor infinito que no había poder humano que remediasse.

Tal vez Fergan, en su inconsciente pasión, no pudo imaginar todo el dolor que causaba a su amigo, a quien creyó ajeno a aquella pasión que verdaderamente sentía por su esposa, y pensando en ello, Yorizaka tuvo una sonrisa de conmiseración para quien también había dado su vida por el Japón.

En la boca del marqués se marcaba un rictus trágico, que era la exposición de los sentimientos que se albergaban en su alma. Sus ideas en aquellos momentos eran terribles, puesto que la del suicidio se

había opedardo de él y pensaba que de aquella forma era la única manera de librarse de su pesar.

Sus antepasados cuando alguna vez sintieron sobre ellos la misma desgracia que a él le agobiaba, no dudaron en arancarse la vida, para ofrendarla a la mujer adorada o para castigarse una culpa cometida. ¿Qué mayor juez podía haber en la tierra que la propia conciencia?

Siguió con la vista fija en el retrato de su mujer y volvió a sonreír inexpresivamente.

Mientras se vestía con un traje típico del país miraba el cuadro que el maestro había hecho a Mitsouko. Aquel retrato parecía mirarlo continuamente y Yorizaka permaneció unos segundos contemplándolo amorosamente. Después abrió un armario y sacó de él un antiguo sable que colocó sobre la mesa. Inmediatamente después abrió un cofrecito y extrajo un cuchillo típico del Japón. Era una especie de puñal curvado que iba envuelto en un paño de hilo.

Lo colocó todo ante el cuadro de su esposa y mandó venir al vizconde de Hirata. Este, ajeno al objeto por el cual el comandante le hacía ir a su camarote, entró diciendo:

—Excelencia, me habéis mandado...

Mas al ver todos los preparativos

del comandante, exclamó asustado: —¡Excelencia!

—Callad, vizconde —respondió serenamente el marqués—. Os he mandado venir para que me hagáis un gran honor...

El vizconde calló sin atreverse a interrumpir en aquel solemne momento al marqués, que continuó diciéndole:

—Ya sabéis nuestras costumbres. La vida sin el honor no sirve para nada... Dejadme morir como siempre he deseado...

—¿Pensáis...?

—Pienso seguir nuestra tradición. ¿Qué importa que queramos ser ante los demás seres de nuevas costumbres?... Dentro de nosotros vive la luz de nuestras tradiciones, de nuestra religión... Hacedme el honor que os pido... Quiero morir siendo plenamente feliz... ¿Me negaréis este consuelo?

El vizconde se atrevió a responderle:

—Pero, ¿y la patria?... Vuestro concurso es imprescindible.

—A la patria ya no le hago falta... Cuanto tenía se lo he dado... Ya no me necesita...

Ceremoniosamente entregó el sable al vizconde y él se arrodilló ante el retrato de su esposa. Sacó el puñal de su envoltura de paño y lo limpió tranquilamente.

Hecho esto levantó la vista hacia el cuadro y exclamó:

—Mitsouko, sé que no has pecado... sé que eres inocente, pero no tengo más remedio que morir... Ya no podríamos ser felices y yo te amo... te amo, como no amo a nada de este mundo...

Durante unos segundos quedó contemplando el retrato de su mujer y nuevamente exclamó:

—Quiero morir llevándome tu imagen en mi mente... Quiero que seas tú lo último que vean mis ojos.

Y con una decisión y frialdad inauditas introdujo el puñal en su vientre. Hizo una mueca de dolor

y aun tuvo fuerzas para tirar del puñal con dos manos a fin de hacer mayor la herida producida.

Sus ojos miraron vidriosamente hacia el retrato de Mitsouko e inclinó la cabeza para recibir el golpe mortal.

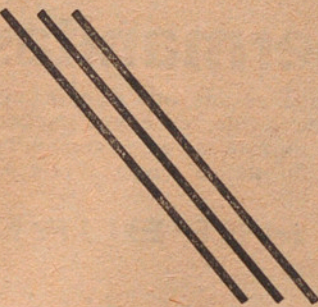
El vizconde, siguiendo el rito japonés, descargó el sable sobre la cabeza del marqués y sin un grito, sin la menor queja, dejó de existir aquel gran patriota que todo lo había dado por su patria.

Y lejos de allí, en su palacio, la marquesa lloraba amargamente y seguía diciéndose:

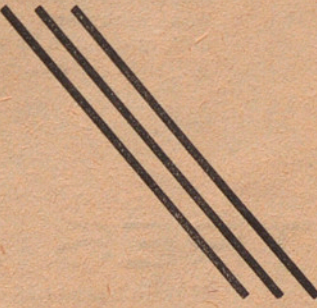
—No volverá... No volverá más... No volverá más...

FIN

*La grandiosa novela
del genial autor francés*
CLAUDE FERRARE



LA BATALLA



*Se vende en todas las
principales librerías al
precio de 6'00 pesetas*

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

PRÓXIMO NUMERO:

Las cuatro hermanitas

Una novela sentimental que es una oda al corazón y un exacto y veraz reflejo de la vida, en cuyas escenas sentimos como nunca la dulzura de una emoción infinita. Insuperable creación de la nueva revelación de la pantalla

KATHERINE HEPBURN

EN PRENDA:

La tan esperada obra mundial

La princesa de la Zarda

Novela basada en la celeberrima opereta que sirvió de oportunidad para recopilar uno de los temas más amenos, amorosos y regocijantes, de la literatura teatral, engarzado con la mayor finura, con una narración espléndida. Creación de los eminentes artistas:

**Martha Eggerth
Hans Sohnker
Paul Horbiger**

TRES AMORES

Novela basada en este gran film español, interpretado por artistas españoles, que demuestra la purificación de un hombre, aturdido por el dinero y sus «tres amores» se convierten en tres crisoles, donde va dejando la escoria de sus vicios y de su libertinaje.

**Mona Maris - José Crespo - Anita Campillo
Mimí Aguglia
Carlos Villarias - Andrés de Seguro**

LA MÁS AMENA EDICIONES BIBLIOTECA FILMS LA MÁS SELECTA
PORTADA A TODO COLOR - PRECIO DE CADA TOMO UNA PESETA

MENTIRAS DE NINA PETROWNA	Brigitte Helm	UNA NOCHE CELESTIAL	John Boles
EL LOCO CANTOR	Al Jonson	POR LA LIBERTAD	Luis Trenker
LOS PECADOS DE LOS PADRES	Emil Jannings	EL MARIDO DE MI NOVIA	Marie Glory
EL DESFILE DEL AMOR	Chevalier	PRESTIGIO	Adolphe Menjou
EL AMOR Y EL DIABLO	Maria Corda	ROCAMBOLE	Rolla Norman
LA INTRUSA	Gloria Swanson	14 DE JULIO	Rene Clair
LA MARSELLA	L. La Plante	REDIMIDA	Frederic March
ME PERTENECES	F. Bertini	EL MILAGRO DE LA FE	Chester Morris
LA FIERECILLA DOMADA	Mary-Douglas	LA VENUS RUBIA	M. Dietrich
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey	RASPUTIN	Conrad Veidt
CASCARRABIAS	E. Vilches	LA AMANTE INDOMITA	Bebe Daniels
NOCHES DE NEW-YORK	N. Talmadge	MEERCEDES	J. Santpere-Arcos
LA MUJER EN LA LUNA	Willy Fritsch	SUENO DORADO	Lillian Harvey
EL ZEPELIN PERDIDO	Conway Tearle	CORRESPONSAL DE GUERRA	Jack Holt
LAS LUCES EN LA CIUDAD	C. Montalban	UNA MUJER PERSEGUIDA	C. Colbert
SU NOCHE DE BODAS	I. Argentina	UNA MUJER CAPRICIOSA	Vivian Gibson
DON JUAN DIPLOMATICO	L. de Guevara	LABIOS SELLADOS	Clive Brook
EL EMBRUJO DE SEVILLA	Emil Jannings	DELINCUENTE?	Boris Karloff
LA ULTIMA ORDEN	J. Mac Donald	CRUEL DESENGAÑO	B. Stanwick
NAUFRAGOS DEL AMOR	Roberto Rey	INDISCRETA	Gloria Swanson
EL CABALLERO DE FRAC	E. Vilches	EL DOCTOR ARROWSMITH	Ronald Colman
EL COMEDIANTE	Carlos Cardel	DIPLOMATICO DE MUJERES	Marta Eggerth
LUCES DE BUENOS AIRES	Chevalier	LA ULTIMA ACUSACION	John Barrymore
EL TENIENTE SEDUCTOR	Willy Forts	LA HIJA DEL DRAGON	Ana May Wong
EL SECREARIO DE MADAME	José Noguero	QUE VALE EL DINERO?	G. Bancroft
LA ARLESIANA	Elena D'Algy	VIAJE DE NOVIO	Brigitte Helm
ENTRE NOCHE Y DIA	A. Moreno	PASTO DE TIBURONES	Edward Robinson
LOS QUE DANZAN	C. Biskford	EL ROBINSON MODERNO	D. Fairbanks
AL ESTE DEL BORNEO	P. Lorre	SOLTERO INOCENTE	M. Chevalier
M. (El Vampiro de Dusseldorf)	R. Pereda	I. F. I. NO CONTESTA	Charles Boyer
LA DAMA ATREVIDA	M. Dietrich	MELODIA DE ARRABAL	Argentina Cardel
FATALIDAD	Roberto Rey	EL SIGNO DE LA CRUZ	March. E. Landis
EL PRINCIPE GONDOLERO	J. Barrymore	TODO POR EL AMOR	J. Klepura
AVENGALI	Lupita Tovar	DANTON	J. Grettillat
CARNE DE CABARET	B. Karloff	ESTRELLA DE VALENCIA	Brigitte Helm
EL DOCTOR FRANKENSTEIN	Joan Crawford	CASADA POR AZAR	Clark Gable
PAGADA	G. Froelich	KING-KONG	Fay Wray
CATOLICISMO	Loretta Young	YO Y LA EMPERATRIZ	Lillian Harvey
KISMET	Richard Dix	MADAME BUTTERFLY	Sylvia Sydney
CIMARRON	G. Froelich	EL BESO ANTE EL ESPEJO	Nancy Carroll
EL TENIENTE DEL AMOR	Jack Holt	VAMPIRESAS 1933	Warren William
DIRIGIRSE	F. Bertini	S. O. S. ICEBERG	Rod LaRoque
LA DAMA DE UNA NOCHE	C. Bennet	AMORIOS (Liebeley)	Magda Schneider
NACIDA PARA AMAR	Jackie Coogan	MATER DOLOROSA	Lina Nore
AVENTURAS DE TOM SAWYER	Raimu	LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS	Charles Laughton
MARIUS	Nancy Carroll	VUELAN MIS CANCIONES	Martha Eggerth
UNA MUJER DE EXPERIENCIA	H. Twelvetrees	DIME QUIEN ERES TU	Liane Haid
EL ANGEL DE LA NOCHE	G. Froelich	NACIDA PARA PECAR	Mae West
UNA CANCION, UN BESO, UNA MUJER	M. Chevalier	AUDIENCIA IMPERIAL	Martha Eggerth
UNA HORA CONTIGO	Lillian Harvey	EL TESTAMENTO DEL DR. MABUSE	Fritz Lang
DOS CORAZONES Y UN LATIDO	Kathe de Nagy	EL RESUCITADO	Boris Karloff
RONNY	Brigitte Helm	PARIS-MONTECARLO	Henry Garat
ATLANTIDA	M. Dietrich	FELIPE DERBLAY	Gaby Morlay
EL EXPRESO DE SHANGHAY	C. Bennet	GUERRA DE VALSES	Willy Fritsch
COCKTAIL DE CELOS	Henry Garat	MARIA	Annabella
UN CHICO ENCANTADOR	Pola Negri	TARZAN DE LAS FIERAS	Buster Grabbe
LA REINA DRAGA	I. Petrowich	UNA VIDA POR OTRA	Nancy Torres
VICTORIA Y SU HUSAR	Lillian Harvey	EL AGUA EN EL SUELO	Maruchi Fresno
EL CONGRESO SE DIVIERTE	P. Holmes	LA MASCARA DEL OTRO	Ronald Colman
REMORDIMIENTO	Ronald Colman	UNA DE NOSOTRAS	Brigitte Helm
QUE PAGUE EL DIABLO!	Charlotte Suza	EL COLLAR DE LA REINA	Diana Karenne
EL IDOLO	Richard Dix	LA NOBIA UNIVERSITARIA	Buster Grabbe
BAJO FALSA BANDERA	Silvia Sydney	LA MUJER ACUSADA	Nancy Carroll
MANCHURIA	C. Gardel	MORAL Y AMOR	Camilla Horn
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO	M. Chevalier	PECADORES SIN CARETA	Carole Lombard
DAMAS DEL PRESIDIO	Billie Dove	EL CRIMEN DEL SIGLO	John Barrymore
ESPERAME	Florelle	EL ABOGADO	Frederic March
AMAME ESTA NOCHE		TUYA PARA SIEMPRE	Buster Grabbe
UN "AS" EN LAS NUBES		EL HOMBRE LEON	
LA COMEDIA DE LA VIDA			

EDITORIAL "ALAS" - Apartado de Correos 707 - Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA



PORTADA A TODO COLOR

PRECIO DE CADA TOMO

UNA PESETA

LA MAS SELECTA



LOS GRANDES EXITOS DE LA TEMPORADA 1934-1935

Paso a la juventud	Martha Eggerth - Jean Kiepura
Volga en llamas	Albert Prejean
El hijo del carnaval	Ivan Mosjoukine
Dale de betún	(Producción nacional) Juan de Landa - Antofilia Colomé
Trágica atracción	Harry Baur
¡Oro!	Brigitte Helm
Los miserables	Florelle - Harry Baur
Una semana de felicidad	(Producción nacional) Raquel Rodrigo - Antonio Palacios
Bolero	George Raft - Carole Lombard
El lago de las damas	Rosine Derean
Capricho imperial	Marlene Dietrich
El desaparecido	(Producción nacional) Rambal - Trini Moren
La casa de Rothschild	George Arliss - Loretta Young

PEDIDOS A

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

PRONTO!

**CLAUDETTE COLBERT
WARREN WILLIAM
HENRY WILCOXON**



El film de los
30 millones

"CLEOPATRA"



La novela cinematográfica cum-
bre de cada temporada, que
como siempre será editada por

**Ediciones
Biblioteca Films**

UNA peseta